

“¡Uy, esa pobre “loca” juega re mal!” Estereotipos de clase y género en el tejo

Monografía de grado
Escuela de Ciencias Humanas
Programa de Antropología
Universidad del Rosario

Presentado por:

SEBASTIÁN ARDILA RENGIFO

2019

“¡Uy, esa pobre “loca” juega re mal!” Estereotipos de clase y género en el tejo

Monografía de grado
Escuela de Ciencias Humanas
Programa de Antropología
Universidad del Rosario

Presentado por:

SEBASTIÁN ARDILA RENGIFO

Directora

Claudia Margarita Cortés García

2019

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	3
Estado del arte	7
Género y Deporte	7
Clase social y deporte	9
Marco Teórico	11
Masculinidades. Desde el hacer y pensar de los hombres	12
Feminidades. La negación de lo masculino	13
Roles de género. Los comportamientos socialmente esperados	13
Capital Económico. La capacidad adquisitiva y económica	15
Técnicas Corporales. Actos de acoplamiento desde el cuerpo	15
Metodología	16
CAPITULO 1. Moñonas, tejos y mechas. La descripción de dos canchas de tejo desde una aproximación etnográfica	19
CAPÍTULO 2. Masculinidades, feminidades y roles de género en torno a la práctica del tejo. Aproximación desde la categoría género	33
“Se le encogió del susto o qué Gabriel”. Masculinidades en la cancha	33
“Tampoco es como que a mí me guste ensuciarme mucho”. Feminidades en el tejo	41
“Los hombres a hacer el chico y las mujeres a animar” Roles de género en el tejo	45
CAPÍTULO 3. Entre gomelos y obreros. El tejo desde la categoría de clase social	50
“Lo que es la plata”. Diferencias económicas frente a la práctica del tejo	50
“El que pierda por manos, paga el petaco” Diferencias sociales frente a la práctica del tejo	59
“Aquí se demuestra que tan hábil es tomando y tirando mijo” Técnicas corporales y conocimientos en el tejo	61
CONCLUSIONES	64
BIBLIOGRAFÍA	76

INTRODUCCIÓN

En una de las visitas a una cancha de tejo escuche una expresión que marcó mi trabajo de investigación. En medio de un juego una de las personas en la cancha le dijo a otro, ¡Uy, esa pobre “loca” juega re mal! Esta no fue una frase lanzada a una mujer. No fue una frase que se pueda escuchar fácilmente en cualquier otra situación, además, no fue ni siquiera en forma de insulto. La confianza que se sentía al decirla y las risas que causó en consecuencia me demostraron cierta naturalización respecto a estereotipos de género y clase. Esta afirmación que fue dicha entre hombres, fue el inicio para comenzar a cuestionarme sobre las percepciones sobre el género, en especial la masculinidad y la feminidad y también sobre las clases sociales. Con respecto al género, la percepción que se tiene sobre lo masculino y lo femenino con base en este entorno semideportivo. ¿Qué es ser hombre o mujer respecto al tejo? Fue la primera pregunta que se me vino a la mente. ¿las personas ricas juegan tejo? Siguió después, refiriéndome a ricos como una persona adinerada, con un alto capital económico. Gracias a este tipo de cuestionamientos me llevé a mí mismo a querer indagar a profundidad sobre algo con lo que no todos estamos familiarizados o que encontramos bastante naturalizado: La percepción de género y clases en un deporte autóctono y de creencia popular como el tejo.

La siguiente investigación girará en torno al tema de Masculinidades, feminidades y clase social en un deporte nacional: el tejo. Para una breve contextualización de lo que es el tejo, El tejo o *tumerqué* es uno de los deportes nacionales que posee Colombia. Se caracteriza principalmente por arrojar una figura metálica llamada tejo, a una caja de barro o arcilla, donde se sitúan unos pequeños triángulos de pólvora llamados mechas. La idea es explotar estas mechas con el tejo y así ir ganando manos, las cuales son los puntos en este deporte. Sin embargo, la finalidad de este no se basa en aquel que más manos tenga sino en su contexto. La mayoría de personas no juegan de forma competitiva, sino para pasar un buen rato con amigos o compañeros. Uno no paga por jugar, al contrario, paga por un *petaco* de cerveza, el cual se va consumiendo a medida que transcurre el juego. La gente ríe y bebe mientras van arrojando el tejo. Pero su única intención es beber y disfrutar.

El problema radica en los estereotipos que se tienen sobre este deporte. Al preguntar a varias personas sobre qué tipo de personas creen que juegan al tejo se tienen dos grandes

estereotipos: de género y de clase. Principalmente, la gente opina que este deporte es solamente para hombres. Pero no son los hombres en general, se cree que es un deporte de la ruralidad, de ancianos o de la clase obrera. Esto último debido a que observan que muchos mantienen sus chalecos refractivos de color naranja al jugar. Sin embargo, gracias a mis primeros acercamientos a campo, logré contrastar totalmente este estigma. Fue muy común encontrarme con mujeres jugando, tanto estudiantes universitarias como mujeres de edad, algunas esposas de los hombres mayores y otras, empleadas de locales cercanos. Es por esto que podemos pensar que el tejo no es solo un lugar donde se reproducen masculinidades ni tampoco es un espacio solamente para los hombres. Podemos observar que las mujeres interactúan dentro de éste y que podrían también reproducir feminidades allí. Además de esto, en un par de ocasiones, fue posible evidenciar la presencia de personas con traje. Para jugar, dejaban el blazer en la mesa, se arremangaban la camisa y comenzaban a lanzar el tejo. Por ende, se podría decir que estas personas poseen un trabajo muy distinto al que una parte de la población tiene caracterizado como el general en este deporte. Es por esto que pretendo romper con estos estereotipos y estigmas sobre el tejo para demostrar que no pertenece ni a un género en específico ni tampoco a una clase social determinada. Es un deporte que podría representar en su totalidad a los colombianos y que cada ciudadano debe de haberlo jugado por lo menos una vez en la vida. La idea de esta investigación fue analizar cómo la clase social lograría permear la creación de masculinidades y feminidades en el tejo, específicamente canchas bogotanas, es por esto que mi pregunta de investigación es: ¿Cómo las canchas de tejo “Los Bucaros” y el “Club de tejo restaurante la Veleñita”, pueden ser un lugar de reproducción de feminidades o masculinidades permeadas por la clase social? Con esta pregunta pretendo romper con los estigmas y estereotipos que se crean en torno al tejo y demostrar que puede ser un deporte de inclusión, tanto de género como de clase social.

Para dar respuesta a la pregunta que conduce el trabajo, me propuse analizar cómo las canchas de tejo “Los Bucaros” y el “Club de tejo restaurante la Veleñita” pueden ser un lugar de configuración de feminidades o masculinidades permeadas por la clase social. A partir de la aproximación empírica, se buscó, por un lado, analizar la percepción de clases sociales de

los participantes del lugar, tanto de visitantes como empleados; por otro, describir los roles de género presentes en la cancha de tejo tanto en el juego como en el espacio; y finalmente, observar la forma en que se reproduce las masculinidades y feminidades ligadas a las habilidades del individuo para practicar el deporte.

Para el logro de esos objetivos, en el primer capítulo se realiza una breve descripción sobre los campos. Las canchas de “Los Bucaros” y “La Veleñita” fueron los lugares donde realicé la investigación, los cuales están repletos de una diversidad tanto de género como de clase, además de una visible brecha generacional. La idea de la descripción es permitir que se pueda realizar una imagen mental detallado respecto al lugar exacto donde concurren los hechos, así pues, imaginar a las personas jugando o las situaciones que describo en los capítulos consecuentes será mucho más sencillo.

En el segundo capítulo realizo mi análisis respecto al género y las canchas. Gracias a mis múltiples visitas y curiosas situaciones que viví y percibí, me fue sencillo observar y recopilar las percepciones que se tienen sobre el género, masculinidades, feminidades y roles de género dentro de la cancha. No utilizo la teoría como la verdad absoluta respecto al género o lo que es la masculinidad o la feminidad, al contrario, mi idea fue contrastar las percepciones con la teoría, observando así que a veces lo femenino puede transitar a lo masculino, pero no de manera opuesta.

En el tercer capítulo realizo mi análisis respecto a las clases sociales con un énfasis en los capitales tanto cultural como el económico. Además, intenté observar las técnicas corporales como ciertos rasgos que poseen los jugadores de tejo que podrían demostrar cierta clase social, como su postura, su lanzamiento, lo que hacen después de lanzar el tejo entre otras cosas. En este apartado me fie bastante de las percepciones de los visitantes y de mi propia percepción acerca de la imagen de los jugadores y todas las personas que frecuentan las canchas. Gracias a la colaboración de los empleados fue posible conocer un poco sobre el consumo y los gastos de los grupos para así tener una idea más acertada de los capitales.

Estado del arte

Para el estado del arte desarrollé dos variables que logran relacionar mis categorías para dar cuenta de los debates que surgen entorno al género, la clase y el deporte. Las relaciones serán: Género y Deporte; Clase social y Deporte.

Género y Deporte

Dentro de esta categoría surgen diferentes debates en torno al género y su papel en el deporte. Varios de estos hablan sobre la corporeidad en el deporte, pero esta corporeidad tomada como un constructo social. Otros, de cómo las actitudes de los hombres en el deporte tienden a ser misóginas, sexistas y anti femeninas, creando así una discordia entre los géneros en la práctica de algunos deportes. Pero también tenemos variables psicosociales, percepciones personales, auto identificación y reconocimiento, que permiten observar cómo estas influyen en la práctica de los deportes en ambos géneros. Para dar cuenta de esto, presentaré algunos textos que evidencian estos debates y hablaré sobre la utilidad de ellos en mi investigación.

Para comenzar, hablaré sobre la corporeidad en el deporte como un constructo social. Ana Buñuel Vargas da cuenta de esto en su texto “La construcción social del cuerpo de la mujer en el deporte” ya que nos habla sobre como los estudios científicos y sociales escasean frente a esta temática. Para Buñuel, el cuerpo es un factor fundamental en el deporte, ya que “el cuerpo es un valor central, es un signo de status y un símbolo de éxito o fracaso, un vehículo mediático para la venta de los más variados productos” (Buñuel, 1991: Pag 97). Para dar cuenta de esto, Buñuel retoma ciertas teorías antropológicas como Marcel Mauss con las técnicas corporales; A Turner, por ser el cuerpo una característica próxima del yo social; O Bourdieu, tomando el cuerpo como el esquema explicativo global. De esta manera, la autora trata de dar cuenta de la importancia del cuerpo en el deporte, y como este, puede influenciar en una construcción social de este en un ejemplo como la gimnasia recreativa. Para la Autora, el cuerpo es un lugar de poder, tomando a Foucault para mostrar como mediante la disciplina se controla y se logra moldear y mediar el cuerpo de las mujeres en este deporte. (1991: pág.

105). Así pues, con todas estas teorías logra determinar que, en la gimnasia, el cuerpo se rige por dos modelos: Un modelo de eficacia, de éxito personal y otro relacional, el cual se basa en “el deseo de construir espacios de comunicación opuestos a una lógica instrumentalista. Aquí el cuerpo es fundamentalmente un medio de expresión, de comunicación” (Buñuel, 1991: Pág 114). Este texto complementa mi investigación en la manera que logra dar cuenta del cuerpo como un factor importante en el deporte. En el caso del tejo, el cuerpo tanto de los hombres como de las mujeres puede ser significativo a la hora de hablar del ideal de jugador de este deporte. Las características físicas que deben poseer, como la fuerza, la precisión, manos grandes etc.

Sobre el segundo debate tenemos a Eric Anderson, con su texto ““I used to think women were weak”: Orthodox Masculinity, Gender segregation, and Sport”. En este texto, Anderson da cuenta de cómo “la cultura y las fuerzas estructurales han ayudado en la influencia de la reproducción del sexismo, misoginia y actitudes anti femeninas entre los hombres en los grupos deportivos” (Anderson, 2008: Pp.257). La manera en la que Anderson da cuenta de esto es mostrando como los hombres, debido a la segregación de espacios homosociales, comienzan a perder el contacto social con las mujeres y nacen estas masculinidades ortodoxas. Para dar cuenta de esto, el autor toma teorías socio feministas sobre la masculinidad para aplicarlas en un grupo de 68 hombres heterosexuales de una universidad. De esto logra dar cuenta que el equipo netamente masculino genera ese entorno de masculinidad constante que desemboca en el pensamiento de la debilidad de las mujeres y por ende la no participación de estas en el equipo de fútbol americano de la universidad. Este texto se teje entorno a mi investigación, ya que, si hubiese una cancha de tejo donde el entorno fuese netamente masculino, podría reproducirse una masculinidad misógina que impediría la presencia de mujeres en ciertas canchas.

En el último debate tenemos a Victoria Macías y Miguel Moya con su texto “Género y deporte. La influencia de variables psicosociales sobre la práctica deportiva de jóvenes de ambos sexos”. En este texto, los autores tratan de demostrar, de qué manera factores como “identidad (identidad de género, identidad atlética y auto-concepto de habilidad física), el

valor subjetivo que las personas otorgan al deporte, los recuerdos afectivos de la persona en relación con el deporte, las actitudes hacia la práctica deportiva femenina y la ideología de género” (Macías y Moya, 2002. Pág: 129), logran demostrar las diferencias entre hombres y mujeres en las prácticas deportivas. Es interesante cómo los autores dan cuenta de esto, ya que toman a un grupo de hombres y mujeres y tratan de realizar las mismas preguntas sobre la preferencia deportiva, recuerdos afectivos, sexo, género, edad, identidad atlética, para lograr enmarcarlos en ciertos deportes y características. Los resultados demuestran que las mujeres se consideran flexibles y prefieren deportes como la danza o la gimnasia, mientras que los hombres se catalogan como atléticamente fuertes y prefieren el fútbol o el basquetbol, es decir, deportes de contacto. La utilidad de este artículo en mi investigación radica en que las mujeres pueden preferir o no el tejo debido a una infinidad de factores. Con las metodologías lograré establecer que ideales tienen sobre el deporte y por qué les gusta o no participar en él.

Clase social y deporte

Dentro de esta categoría trabajé tres debates importantes frente a estas dos variables: El deporte como un método de exclusión social; el deporte y la clase social en torno al sacrificio y al esfuerzo y el deporte y la clase social como un impulso a las relaciones sociales y a la auto identificación en la sociedad.

Para el primer debate, los autores Rodrigo Dosal y Lluís Capdevila, en su texto “Exclusión social y deporte” nos hablan de cómo en México existe una segregación social y esta se ve muy evidenciada en el deporte “y cómo es desperdiciado su potencial aporte al bienestar colectivo. Bajo las condiciones actuales, el deporte en México refleja la exclusión de los que menos tienen y, hasta hoy, prepondera una visión pecuniaria que busca espectáculos de alta rentabilidad financiera” (Dosal y Capdevilla, 2016: Pág 155). Para dar cuenta de esto, los autores utilizan encuestas para demostrar una relación entre el capital económico y las opciones deportivas. De esto logran rescatar que las personas con mayor ingreso dedican

mayor tiempo y tienen más opciones deportivas a su alcance” (Dosal y Capdevilla, 2016: Pág 159). Además, los deportes que los estudiantes con menos recursos pueden practicar son aquellos que pueden ser practicados en instalaciones gratuitas como el fútbol o el baloncesto, mientras que el hockey, la esgrima, la lucha, entre otros, solo son para aquellos que posean mayor capital económico. Este artículo es una base para establecer ciertas características que puedan catalogar al tejo como un deporte de exclusión social. En este caso, no se toma como un deporte de élite, sino que el estigma que se tiene sobre este, al relacionarlo con la pobreza y ruralidad, puede alejar a la clase social alta de practicarlo.

Para nuestro segundo debate, la autora Julia Hang con su texto “El sacrificio entre el deporte y la clase social en un equipo de nadadores master” nos da cuenta de cómo el subir de categoría en un deporte que podemos considerar no excluyente, lo convierte en excluyente. Cuando los nadadores llegan a la categoría de masters, sus representaciones

“se encuentran atravesadas no sólo por las dimensiones económicas y corporales, sino que juega un rol fundamental la dimensión etaria. Prestando especial atención a los modos en que, a partir del trabajo y del esfuerzo corporal, los nadadores incorporan una ética del sacrificio que da cuenta de un universo moral particular, a través del cual se construyen fronteras simbólicas y distinciones sociales”. (Hang, 2017: pág 119)

Es interesante observar como en un mismo deporte existe una segregación social e implica un sacrificio por parte de los participantes para seguir creciendo dentro de este. En este artículo se puede observar como este sacrificio se debe muchas veces a un apego simbólico, ya que el club no les aporta nada, pero el hecho de pertenecer es lo que los impulsa a realizar los sacrificios. Además, no son solo de esfuerzo, también económicos. Muchos nadadores no reciben dinero con el ascenso, al contrario, deben aportar para poder sustentar su categoría. Este artículo ayudará a dar cuenta de los sacrificios económicos que puede significar el jugar tejo. El gasto constante del consumo de licor y de comida para poder practicar este deporte puede estar sujeto a ciertas relaciones sociales o relaciones de clase. Como lo dije anteriormente, el Tejo es un deporte que se practica pagando el consumo de

licor, por ende, lo mínimo de consumo es el medio petaco. El precio de éste ronda entre los 25 y los 30 mil pesos, no es algo barato a la hora de practicar el deporte a diario.

Para nuestro último debate, el autor Juan Bautista Branz con su texto “Estar cerca de Europa. Deporte, clase social y prestigio en Argentina” logra dar cuenta de cómo en Argentina, un deporte como el Rugby, crea un imaginario de clase y estatus social. “cómo sujetos que practican rugby, en La Plata, otorgan sentido a su posición social, económica, política y cultural en relación directa al deporte recreado colectivamente por sectores dominantes en la ciudad” (Bautista, 2015: Pág 131). Los resultados que nos brinda el autor se basan en demostrar como el Rugby se construye dentro de una clase social, no solamente por el capital económico, sino por su historia y las relaciones sociales que se encuentran ocultas tras el deporte. No es necesaria una gran cantidad de dinero para practicarlo, pero si tener ciertas relaciones sociales que permitan la aceptación en un equipo o el acceso a una cancha. Además, uno de sus principales informantes caracterizaba al club por su territorialidad, por su ubicación en la plata, la cual estaba ligada a una clase social alta. Lo que nos demuestra que son muchos los factores que enmarcan a un deporte dentro de una clase social, más allá del capital económico de sus practicantes. La utilidad de este artículo en mi investigación será para ayudar a esclarecer los contextos sociales que se tejen en el tejo y las prácticas y creencias que pueden enmarcarlo dentro de una clase social determinada.

Marco Teórico

Para realizar mi marco teórico utilicé dos grandes categorías que son Género y Clase social. El género lo pretendo utilizar con base en cuatro subcategorías, las cuales son: Masculinidades, Feminidades y roles de género. En el caso de la clase social, tengo tres subcategorías las cuales son: capital cultural, capital económico y técnicas corporales. Comenzaré por las que enmarcan el género, luego la clase social con los capitales y por ultimo las técnicas corporales.

Masculinidades. Desde el hacer y pensar de los hombres

Para este concepto utilicé a Mara Viveros con su investigación *De quebradores y cumplidores: Sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia*. En este libro, la autora realiza una revisión sistemática sobre diferentes tipos de estudios sobre la masculinidad para dar cuenta de cómo son aquellos estudios en Colombia. Me interesa principalmente por una definición que toma de Mathew Guttman el cual define la masculinidad en cuatro partes:

La primera entiende por masculinidad cualquier cosa que los hombres piensan y hacen; la segunda se refiere a la masculinidad como todo lo que los hombres piensan y hacen para ser hombres; la tercera señala que algunos hombres, por adscripción o de forma inherente, son considerados "más hombres" que otros y la cuarta enfatiza en la importancia de las relaciones entre lo masculino y lo femenino y sostiene que la masculinidad es lo no femenino. (Viveros, 2002: 55)

Esta definición me llama mucho la atención, ya que enmarca tanto las percepciones como las acciones de los hombres para determinar su masculinidad. A la hora de jugar al tejo, los hombres tienden a ser más competitivos, a tomar más cerveza, a ser groseros y a tratar de ser mejores que los demás. Lo cual se enmarca muy bien en esta definición. Además, el hecho de que esta investigación esté centrada en el ámbito colombiano me permite obtener teorías más cercanas a nuestra realidad.

También utilicé a César Azamar con su texto *Masculinidades: algunas notas sobre sus crisis, retos y perspectivas*. La idea de utilizar a Azamar es por su percepción sobre la masculinidad, la cual es percibida como una construcción social, la cual demuestra como los hombres excluyen el lado emotivo para mostrar fuerza. “La masculinidad no es una condición inherente al cuerpo del varón, sino que es una construcción cultural, con matices y fisuras. Al apostar por la racionalidad, los hombres niegan y excluyen su lado emotivo; con ello deviene lo que se conoce como crisis de las masculinidades” (Azamar, 2015: 57).

Feminidades. La negación de lo masculino

Para este concepto me centré principalmente en el texto de Roberto Chávez *Masculinidad y feminidad: ¿De qué estamos hablando?* En este artículo el autor habla sobre diferentes teorías que se han tenido sobre las masculinidades y feminidades. Sin embargo, es interesante observar como lo masculino se crea en negación de lo femenino, por lo que trataré de tomar esta teoría para contrastar la idea de lo femenino y lo masculino en la cancha de tejo.

Kimmel (1997), citada por Valenzuela (2007) explica que (...) la masculinidad está conformada por un conjunto de significados cambiantes, aunque recorridos por una constante: la construcción histórico-social de la virilidad que tiene lugar en oposición a las mujeres y a las minorías sexuales y raciales. Así, la masculinidad es ante todo la “huída de lo femenino” originada por la necesidad de distanciarse de la madre que representa la infancia desvalida, dependiente y castrada que el varón debe sepultar. La identidad masculina nace de la renuncia de lo femenino, no de la afirmación directa de lo masculino, lo cual deja a la identidad de género masculino tenue y frágil. (Chávez, 2012: 08)

Esta negación de lo femenino me permitió observar como en la cancha lo masculino es totalmente lo contrario a lo femenino. Si lo masculino es la fuerza, la competencia, la necesidad de superarse, entonces podrían estar pensando lo femenino como lo débil, lo tranquilo, lo neutral y divertido. El campo fue primordial a la hora de complementar esta categoría.

Roles de género. Los comportamientos socialmente esperados

Este concepto también fue una charla constante entre la teoría y el campo. Con este concepto, observé que tipo de roles cumple cada género en la cancha de tejo. En los primeros acercamientos se puede observar como las mujeres están encargadas de la cocina y de la comida de la cancha. En la parte del juego, algunas solo toman o tienen la cerveza mientras los hombres juegan, mientras que otras compiten junto a ellos. Esto entonces me ayudó a esclarecer la relación entre el género y los roles que se tienen en el espacio.

Para este concepto utilicé a Miguel Moya Morales con su artículo *Los roles sexuales* en el cual podemos observar como los roles son determinados por los genitales al nacer.

Por otra parte, la identificación como hombre o mujer tiene un aspecto dinámico (gender roles) que nos lleva a comportarnos como nosotros creemos que debe de comportarse un hombre o una mujer en las múltiples situaciones que se nos presentan en la vida. Como dicen Money y Ehrhardt, «el dimorfismo de respuestas en base a la forma de los genitales externos es uno de los aspectos más universales de interacción social humana» (Moya, 1984: 1)

Es interesante observar cómo se toma la interacción social con base en la distinción sexual. El género también es una construcción social, por lo que esta construcción también está basada en la distinción biológica. La interacción de los individuos se ve afectada por sus genitales dejando de lado todo lo demás. Esto puede sesgar cualquier interacción y será interesante ver cómo se perciben los roles en la cancha respecto a una distinción biológica.

Capital Cultural. La interiorización de todo lo aprendido

Para hablar sobre la clase social, me centré en los capitales de Bourdieu, principalmente el capital económico y el capital cultural. En el caso del capital Cultural Bourdieu lo define como:

Se presenta en tres formas: En estado incorporado, presente en forma de disposiciones duraderas del organismo, relacionado principalmente con la facultad de los individuos de cultivarse. En este punto, la interiorización y posesión del capital cultural da paso a la formación de Habitus en la persona; En estado objetivado, es decir, en forma de bienes culturales, cuadros, libros, diccionarios, instrumentos o máquinas, que son resultado y muestra de disputas intelectuales, de teorías y de sus críticas; En estado institucionalizado, manifestado en forma de objetivación por medio de títulos académico, los cuales confieren propiedades y valor al capital cultural que debe garantizar. (Bourdieu, 2001: 136-148)

Este capital es la interiorización de todo lo aprendido. Es la manera de ser del individuo, donde demuestra su conocimiento. En la cancha los participantes trataron de dar cuenta de esto con su manera de hablar, su manera de expresarse y principalmente las conversaciones

y los temas de las charlas informales que se escuchan. Ellos mismos me brindaron su idea sobre las clases sociales con base en estos dos capitales. Que sea el campo el que asocie los capitales a una clase y no yo como investigador el que cree los estereotipos.

Capital Económico. La capacidad adquisitiva y económica

El segundo capital que trabajé fue el capital Económico. Este capital en muchos casos va de la mano con el cultural, ya que juntos se centran en la cultivación del habitus de los individuos.

Es producto del trabajo acumulado, tanto en forma de materia, como en forma interiorizada o “incorporada” que es convertible en dinero y es indicado para la institucionalización en formas de derecho de propiedad. Lo importante de este capital es que permite identificar que existen dinámicas de intercambio en la vida social, en especial en la vida económica, que se definen por la cantidad de dinero al que se tiene acceso (Bourdieu, 2001: 133-135)

El capital económico nos demuestra entonces la cultivación del habitus de la persona en forma adquisitiva. Es principalmente la capacidad adquisitiva y económica que posee el individuo. En la cancha este concepto deambula tanto en lo teórico como en lo empírico. Los mismos participantes me brindaron su percepción sobre este capital en los asistentes al lugar. La manera de vestir, cuanto consumen, qué consumen entre otras cosas, fueron los aspectos detonantes para tratar de hacerse una idea de lo que se percibe como clases sociales en las canchas de tejo.

Técnicas Corporales. Actos de acoplamiento desde el cuerpo

Para este concepto utilicé a Marcel Mauss, quien nos explica que las técnicas corporales son las formas en que, desde el cuerpo, una persona realiza actividades aprendidas como por ejemplo bailar, nadar o caminar. Lo particular de estas técnicas, es que éstas pueden ser analizadas como actos de acoplamiento que responden a unas exigencias históricas y sociales modeladas por la educación, la sociedad y el lugar que en ella ocupa (Mauss, 1934).

“Vista la situación no nos queda más que decir que nos hallamos ante las **técnicas corporales**. El cuerpo es el primer instrumento del hombre y el más natural, o más concretamente, sin hablar de instrumentos diremos que el objeto y medio técnico más normal del hombre es su cuerpo” (Mauss, 1934: 342). Es interesante ver como el cuerpo es el instrumento del hombre para realizar sus interacciones. En el caso del tejo, hay que condicionar al cuerpo a ciertos criterios necesarios para una buena práctica de este deporte. Este concepto se verá contrastado con el campo porque serán los participantes quienes me indiquen los conocimientos que consideran necesarios para ser un buen jugador de tejo: la fuerza, la habilidad, el ángulo de lanzamiento entre otras cosas. Así pues, podre dar cuenta de cómo se condiciona el cuerpo para que sea natural el movimiento a la hora de jugar.

Metodología

La estrategia metodológica que utilicé en esta investigación fue con base en la etnografía. Principalmente utilicé observación participativa, entrevistas semiestructuras y cartografías sociales y corporales. Explicaré la utilidad de cada una.

La observación participativa tuvo dos momentos. El primero me permitió analizar la cancha en su estado más natural. Al no encontrarme interviniendo directamente, logré observar pasivamente mientras consumía una cerveza, cómo se desarrollan las relaciones sociales en la cancha. Cómo juegan, como hablan, como beben, entre otras cosas. Esto me ayudó a dar cuenta de cómo son los comportamientos normales que se evidencian en la cancha sin ningún tipo de alteración. Además, fue interesante observar la cantidad de hombres y mujeres en la cancha, sus roles, sus acciones y demás. Esto para contrastar con lo que observé al participar directamente como investigador.

El segundo momento de la observación participativa fue muy útil para ir ganando confianza con todos los individuos que frecuentan el lugar. Sumado a esto, la continua presencia en el campo logró crear ciertos vínculos con Doña María y con Don Juan, los cuales son los dueños de la cancha que además la entienden. También, fue más sencillo obtener información sobre

las mujeres, escuchando de cerca comentarios sobre ellas, o lo que piensan de su papel en la cancha. Además, la cercanía a los grupos me permitió empaparme un poco de su vocabulario específico sobre el tejo. Para toda esta información fue importante tener a la mano siempre mi diario de campo. Las jotting notes que fueron surgiendo a medida de mis visitas a campo me facilitaron el análisis de los datos con mayor precisión.

Las entrevistas fueron de gran utilidad para conocer las percepciones de los individuos en la cancha sobre las masculinidades, las feminidades, los roles y de género y las clases sociales que se evidencian en la cancha. Es importante utilizar estas entrevistas, ya que, pretendía que, en mi investigación, los conceptos estuviesen en constante dialogo entre lo teórico y lo práctico. La teoría fue una base para afirmar o contrastar con lo que observé en la cancha. Además, las cuestiones sobre capital económico y capital cultural fueron principalmente brindadas por los individuos. Me llamó la atención hacerlo de esta manera porque pretendí que mi rol como investigador no salpicara mucho la investigación. Quise conocer la forma en la que perciben las clases sociales, que estereotipos existen sobre ellas, que objetos o detonantes pueden encontrarse en la cancha como la ropa o el vocabulario que puedan dar ejemplo de esta comprensión. Principalmente, los individuos a los que entrevisté fueron de todo tipo. Fue necesario entrevistar más a profundidad a Doña María y a Don Juan, ya que por su constante trabajo es difícil encontrarlos desocupados. También seguí entrevistando jugadores, tanto profesionales como ocasionales. Adultos y jóvenes son los que más asisten a la cancha. Los universitarios también fueron una gran fuente de información respecto a por qué van con sus compañeras entre otras cosas.

Ahora para terminar las cartografías. La cartografía social me ayudó a dar cuenta de las concepciones del espacio que se tienen en el lugar. Si existía o no una división en la cancha respecto al género o a las habilidades del tejo. Los primeros acercamientos me ayudaron a dar cuenta de que si existe una división con las habilidades para evitar burlas y malos ratos. Sin embargo, me interesó que los mismos individuos lo plasmasen en un papel para así analizar cada uno de los roles que ejercen los participantes. Los que juegan, los que toman, los que comen, los hombres, las mujeres, los primíparos, los extranjeros etc. Con la cartografía corporal pretendí dar cuenta de dos cosas: primero, el ideal de jugador de tejo que se posee en estas canchas. Es decir, las características que debe poseer un buen jugador de

tejo y si este dibujo es solamente masculino o si alguno dibuja una mujer. Segundo, quería que plasmasen los estereotipos que se tienen sobre el tejo. La idea era dibujar un jugador de tejo promedio y analizar donde poseen las cualidades, en qué partes del cuerpo y por qué solo cierto tipo de individuos podrían poseerlas. Además, realicé el ejercicio con las mujeres para analizar si dibujaban un hombre o una mujer.

Respecto a las reflexiones éticas, en esta investigación, procuré tener cuidado con los juicios de valor. Para esto, dejé en claro desde un principio que apoyo la noción de que las canchas de tejo deben ser incluyentes y que ambos géneros deberían poder practicarlos sin ningún tipo de estigmatización. Sin embargo, esto afectó en mi investigación, ya que las canchas en sí me demostraron que este estereotipo se puede presenciar la mayoría del tiempo, pero francamente, poco a poco se ha ido mermando. Además, tuve la obligación de no apegarme tanto al campo. Fui consciente de que muy pronto acabé mi participación en la cancha y tuve que retirarme del lugar. También fue necesario ser consciente de que la investigación no podrá ayudar de alguna otra manera que no sea publicidad para las canchas. Esto en el modo de que la gente conocerá la ubicación y que ambos géneros podrán asistir para practicar el deporte sin problema.

CAPITULO 1. Moñonas, tejos y mechas. La descripción de dos canchas de tejo desde una aproximación etnográfica

Un viernes cualquiera, luego de una larga clase universitaria, junto con algunos compañeros, tomamos la decisión de refrescar nuestra garganta. Nos dirigimos a una cancha de tejo que conocía un amigo, sin embargo, ninguno sabía el ambiente con el que nos íbamos a encontrar. Realizamos muchas bromas en el camino acerca de la música que escucharíamos, si veríamos borrachos jugando o si el lugar apestaría a orina y a trago. Incluso uno de ellos comentó que el tejo es solamente del campo. La inocencia y los prejuicios se respiraban en nuestro grupo, pero nunca imaginaríamos que la realidad sería tan diferente.

Por fin llegamos a la cancha llamada “Los Bucaros” ubicada en la calle 20 con carrera 9 en el centro de Bogotá (Foto 1). Un pequeño sitio camuflado entre las cevicherías y pescaderías que inundan la zona. Nunca esperamos encontrar un sitio así en aquel entorno, además, la pequeña fachada no nos daba la impresión de una cancha de tejo, parecía más bien un pequeño restaurante debido a que solo era visible un corto corredor desde la entrada. “Aquí es” dijo mi amigo, ante lo cual entramos con pocas expectativas para quedar atónitos poco después. Mi amigo conoció el lugar de la misma manera, en una salida muy casual con otros compañeros un tiempo atrás.



Imagen 1. Cartografía de la Cancha de Tejo los Bucaros. Realizada por los participantes. Trabajo de campo, 2017

El pequeño corredor efectivamente es un restaurante. Solo posee de 3 a 4 mesas habilitadas para que los comensales entren y se sienten a pedir un corrientazo¹ o algunos platos a la carta. A la derecha del corredor se encuentra la pequeña cocina con 1 o 2 asistentes que le ayudan a la dueña del lugar a atender a los comensales. También es posible observar una pequeña estantería repleta de paquetes de frituras² lo que le da una sensación de calidez y tienda de barrio. Lo más interesante es después de cruzar el corredor, solo con dar un par de pasos se puede adentrar en la inmensidad de la cancha, algo que es imposible imaginarse desde fuera del establecimiento. Cuando se cruza aquel umbral, es posible observar una enorme bodega convertida en un conjunto de canchas de tejo. El techo es probablemente a unos 6 metros de altura o hasta más. El ancho del lugar es difícil de adivinarlo, pero da exactamente para 4 líneas de tejo y un corredor amplio por el cual los visitantes pueden caminar, sentarse a tomar, a comer o simplemente observar a los jugadores.

¹ Almuerzo barato compuesto siempre por proteína, carbohidratos y harinas.

² Alimentos de paquete

Más detalladamente, al lado izquierdo hay dos líneas compuestas por cuatro canchas, en el centro, cinco mesas para sentarse a charlas antes de dirigirse a jugar o solo para pasar el rato. Al lado derecho otras dos líneas de cuatro canchas más una escalera que conlleva al segundo piso. Allí se encuentran un par de canchas de mini tejo inactivas y muchos juegos de rana y bolirana, pero en las veces que asistí no logré percibir ningún asistente jugando rana. Más allá de las 4 líneas, en el centro de la bodega, hay un pequeño corredor que separa dos partes de la cancha en sí. En este corredor está el orinal de los hombres y un pequeño cuarto lleno de petacos³ vacíos amontonados que intimidan a cualquiera por su tamaño. Luego de cruzar el pequeño corredor, es posible toparse con otras tres líneas compuestas por seis canchas de tejo. Es interesante porque esas canchas están ocultas para aquellos que solo entran a jugar, es imposible verlas al ingresar a menos que se cruce aquel corredor.

Para terminar con la descripción, procederé a contar un poco sobre el ambiente de aquella primera vez en la cancha de tejo. La persona que nos atendió fue un hombre de 40 años al que llamaremos Don José. Don José es un personaje muy importante en la investigación, ya que gracias a él fue posible la asistencia continua al lugar, la obtención de información crucial y una opinión muy clara acerca de los estereotipos sobre el tejo. Sin embargo, entraremos en detalle acerca de todo eso en los siguientes capítulos, por ahora, seguiré retratando la cancha para sumergirlo a usted, señor lector, en el mundo en el que estuve.

Don José nos ubicó en una mesa al comienzo, nos preguntó sobre la intención al visitar el lugar, si era solamente tomar o si deseábamos jugar. Todos respondimos al unísono que solo queríamos tomar un par de cervezas, ninguno llegó a pensar que fuésemos a jugar, ya que muchos nunca habían jugado tejo y tenían vergüenza de “hacer el oso”⁴ frente a los demás. La cancha en general estaba vacía, solamente había dos grupos de personas. Un grupo de hombres jugaba en una de las canchas de la izquierda mientras que otro grupo, un poco más mixto debido a que estaban 2 mujeres entre ellos, tomaban aguardiente y cerveza en otra de las mesas. Mis compañeros y yo comenzamos a hablar sobre el lugar, no había música y se

³ Manera de empacar la cerveza en canastas. Vienen 30 cervezas.

⁴ Hacer el ridículo, actuar de manera graciosa inconscientemente.

escuchaba un poco las risas del grupo que estaba tomando y retumbaban las mechas⁵ y los madrazos⁶ de los hombres que se encontraban jugando.

Era un ambiente cálido, tranquilo, el olor a pólvora lo hacía agradable y excitante. No podía parar de observar cada detalle del lugar, las paredes gastadas con pequeños pedazos de pintura faltante a lo cual inferí que era debido a golpes de los tejos mal lanzados; Lámparas led de barra colgantes sobre las canchas, que me hicieron pensar inmediatamente en las altas probabilidades de romperlas cuando se “es primerizo” y no se controla la fuerza del lanzamiento; La gran cantidad de petacos también llamó mi atención, las columnas creadas por varios petacos puestos uno sobre otro hacía parecer como si los coleccionaran en aquel cuarto, y en la parte delantera, un par de columnas llenas de botellas sin abrir me hacían pensar en cuanto se podría beber en un solo día. Sin embargo, el ambiente era un poco diferente a lo que veníamos hablando durante el camino. La falta de música y de más personas hacían que estuviese más callado de lo esperado.

De la nada, el grupo de personas que se encontraba tomando en las mesas comenzó a hablar más fuerte y a comentar que iban a jugar porque se retaron entre ellos. Las mujeres insinuaban que ellas iban a ganar en el equipo que estuvieran y los hombres reían y les apostaban a que perderían. Me llamó la atención la convicción de las mujeres para asegurar su victoria, empero, debo informar de antemano que no conozco el resultado de aquella partida porque nuestra estadía en la cancha no duró lo suficiente para constatarlo. Al percatarnos de la iniciativa del otro grupo, comenzamos a proponer entre nosotros el hecho de jugar una partida, al ser solamente cinco y al poseer dinero, era posible pagar la partida, pero no sabíamos si debíamos alquilar la cancha o cuál era el procedimiento para jugar. Llamamos a Don José y le comentamos que queríamos jugar, nos dijo que para jugar solo se pagaba el consumo, es decir, de medio petaco o un petaco. Pedimos medio petaco y mientras lo alistaba, nos abrió un pequeño armario donde había muchos tejos⁷ de diferentes tamaños

⁵ Se le llama “mecha” al triángulo de pólvora que hay que hacer explotar con el tejo. También se dice mecha cuando explota.

⁶ insultos

⁷ Piedra que se utiliza para hacer explotar las mechas

y pesos. “Cojan el que mejor les siente” nos dijo Don José, haciendo referencia a que nos cupiera en la mano y que no nos pesara tanto.

Cuando todos elegimos nuestros tejos, nos dirigimos a la cancha de la derecha contra la pared para evitar que se desviara mucho el tejo. Nos repartimos los turnos mientras Don José traía el petaco. Comenzamos a jugar y a beber entre risas y después de un rato comenzamos a escuchar música. Al parecer solo hacía falta que más personas se metieran en el ambiente para que nos regalaran algo más con lo cual sentirnos más relajados. La música era una mezcla entre canciones rancheras, de cantina, boleros y corridos. Música que si concordó con nuestro estereotipo previo al entrar. El ambiente comenzó a ser más cálido, las risas de mis compañeros y el trato confianzudo⁸ entre nosotros nos hizo sentir tranquilos e ignorar a los demás asistentes del lugar. Sucedieron más cosas que no contaré ahora porque servirán de guía en el análisis de datos de los siguientes capítulos.

Con la información dada, es necesario contextualizar una cosa más. La cantidad de personas que asiste al lugar varía dependiendo del día y de la hora. Visitarlo un lunes a las 11 am no será nunca lo mismo que un viernes a las 3 de la tarde. La cancha se encuentra abierta desde las 10 am hasta las 10 pm, esto debido a la ley que prohíbe la venta de licor antes de las 10 de la mañana. Sin embargo, esto no es impedimento para que las personas a las 10 en punto estén esperando que abran para entrar a tomarse un par de polas⁹ o jugar una partida rápida de tejo antes de un turno de trabajo. Las personas que visitan el lugar, en su gran mayoría son adultos mayores, entre los 40 y 60 años, no logré presenciar ancianos que aparentaran 70 o más. Durante el tiempo que asistí a la cancha observé como por cada dos mujeres había 3 hombres. Fue posible con solo asistir y observar a las personas que los hombres son los que asisten desde muy temprano y las mujeres comienzan a llegar en la tarde. No presencie un grupo de solo mujeres, siempre estaban en grupos mixtos con hombres, sin embargo, si era

⁸ Hacernos bromas de manera tranquila.

⁹ Cervezas

posible observar grupos de solo hombres. Todo esto tendrá su respectivo análisis más adelante.

Los jóvenes que asistían al lugar no eran una cantidad considerable en días de la semana que no fuesen viernes. Aquél día donde de verdad es posible olvidarse de la universidad es en el cual aquella cancha se llena de universitarios sedientos por un buen trago y una buena partida de tejo acompañada de una deliciosa picada¹⁰. Es fácil diferenciar a las personas que asisten debido a su vestimenta y principalmente al hecho de poseer maletines y maletas. Los adultos nunca llevan algo diferente a un pequeño carriel, mientras que los jóvenes llevan maletas, bolsos, maletines, estuches de diseño etc. Más adelante cuando describa la manera de vestir de los asistentes, será posible analizar que no siempre es muy distinta entre adultos y jóvenes y por ende es necesario tomar otro tipo de accesorios para diferenciarlos y catalogarlos en diferentes clases sociales.

Con respecto a las mujeres, la cantidad que asiste es mayor en los grupos de jóvenes. Muchas veces no saben jugar, pero eso no es impedimento para que se diviertan mientras toman con sus amigos o sus parejas. En los casos de los adultos, las mujeres que van se encuentran en el mismo ambiente y nivel de los jugadores profesionales en torno a la cancha. De lo poco que logré observar, las mujeres adultas tienen calculado la fuerza y la distancia que son necesarias para lanzar los tejos y realizar mechas o embocinadas¹¹.

La cancha los búcaros es un lugar especial porque concentra una pluralidad de sectores sociales muy grande. Es posible ver jugar obreros, jóvenes universitarios, empresarios, gente con traje, hasta extranjeros que (se pueden caracterizar por su cabello rubio, su tez de piel blanca o las grandes maletas que cargan siempre consigo al jugar en el lugar). Es por esto que, para mí, una parte importante de la investigación se logró gracias a las diferentes interacciones que son posibles de admirar en las diferentes líneas. Cada jugador tiene poca interacción con los jugadores de grupos diferentes, sin embargo, cuando logran socializar, se

¹⁰ Mixtura de cortes de diferentes partes de la vaca: Rellena, chunchullo, bofe, hígado, etc.

¹¹ Cuando se realiza una mecha y el tejo cae dentro del bozín, es embocinada.

rompen completamente todo tipo de estereotipos relacionados con la generación, el sexo o la condición social.

Para terminar, haré una pequeña descripción de los diferentes grupos sociales que me encontré en la cancha. Cabe aclarar que estos grupos son nombrados y creados debido a las interacciones dentro del lugar, por lo que no me inventé ninguno de los nombres.

Obreros: Son considerados así por como visten, hablan y se expresan físicamente. Sus trabajos son variados, no solamente trabajando en construcciones. Encontramos guardias de seguridad, dueños de pequeños supermercados de barrio entre otras cosas. Por ende, sus salarios varían entre el mínimo y un millón de pesos.

Gomelos: Son considerados así por su manera de hablar, muletillas de marica y huevón y sus vestimentas hacen los vean como gomelos. Son principalmente estudiantes de las universidades cercanas en el centro de Bogotá como la Tadeo, los Andes, la Rosario, el Externado etc. No poseen un salario, pero sí una mesada y ésta varía de la fecha en al que van, por lo que es común verlos gastar grandes cantidades de dinero al terminar corte y demás. Sus ingresos varían bastante, por lo que las mesadas pueden estar entre quinientos mil hasta un millón doscientos.

Empresarios u oficinistas: Estas personas con aquellas que llegan a la cancha en trajes formales y con maletines corporativos. Muchas veces sí son oficinistas de algunas empresas aledañas, otras, solamente abogados que salen de los juzgados cercanos a pasar un buen rato. Su capacidad económica es mayor y sus ingresos pueden ir desde millón quinientos hasta dos millones.

Esmeralderos: Son aquellos individuos que se les encuentra fácilmente en la plazoleta del Rosario. Se visten casi siempre con chaquetas de cuero y su respectivo Carriel. Sus ingresos varían demasiado y es muy difícil averiguarlo con exactitud, ya que son bastante reservados. Sin embargo, debido a los enormes fajos de billetes que utilizan para pagar, podría deducirse que van a la cancha con dos millones o hasta 3 millones. Los fajos son grandes y de billetes de cincuenta mil en su mayoría.

Gringos: Los extranjeros que vienen a visitar Bogotá muchas veces pueden terminar en la cancha para conocer un poco más sobre la cultura colombiana. Es normal encontrarlos en las canchas del fondo para no ser ridiculizados. Sus ingresos varían y muchas veces son en dólares. Gracias a ciertos testimonios cuando se encontraban mezclados con los demás grupos, fácilmente podrían haber gastado cuatrocientos dólares gracias a que les cobraban por enseñarles a jugar entre otras cosas.

Primiparos: Son aquellos jugadores novatos que van solamente a aprender a jugar o pasar un rato casual en la cancha. Sus ingresos son iguales a los de los gomelos, solo que, debido a su poca persistencia a la hora de practicar el tejo, no poseen buenas habilidades y son excluidos en las canchas del fondo para no ser ridiculizados.

Traquetos: Este grupo solamente fue descrito por testimonios de los participantes. Nunca fue posible encontrar a estos individuos en la cancha. Según las descripciones siempre iban en camionetas con vidrios polarizados y pedían los tragos más caros y las picadas más grandes, por lo que sus ingresos pueden superar por mucho a los antes mencionados. No me atreveré a dar un aproximado porque nadie en la cancha sabe con exactitud, pero fácilmente en un momento pueden sacar un millón de pesos y seguir gastando el resto del día sin problema.

Es importante mencionar algo antes de proseguir con la siguiente cancha. En los Bucaros existen dos personas importantes que serán el gran ejemplo de los adultos en el tejo. Estas personas son Don José y Doña María. Don José es un empleado del lugar, un hombre adulto que en su tiempo libre suele interactuar con los grupos de personas que juegan en el lugar. Debido al alto número de visitantes, es muy difícil tener el privilegio de verlo jugar, sin embargo, es un hombre muy hábil a la hora de lanzar el tejo y para él no es difícil “hacer reventar una mecha”. Además de esto, fue una persona muy amable a la hora de brindarme información acerca de las personas que asistían, palabras y expresiones, formas de vestir, su perspectiva sobre el tejo y algunas técnicas para jugar un poco mejor. Por otro lado, tenemos a Doña María. Doña María es la dueña del lugar, es la encargada principalmente de la cocina y casi nunca se le ve en la cancha en sí. Es una mujer adulta, bastante hábil a la hora de preparar los platillos que venden. Las conversaciones que tuvimos fueron siempre temprano

mientras picaba las verduras para los almuerzos, antes de que comenzara a “ocuparse en serio” como ella lo recalca. Doña María me brindó información crucial acerca de la cancha, las personas que asisten, problemáticas que suelen ser visibles, quien es mejor entre hombres y mujeres y también fue abierta hablando de la cantidad de dinero que pueden llegar a gastar los grupos que visitan el lugar. Es por esto que, a la hora de analizar características de clase social, Doña María brindó los datos más exactos que poseo acerca de la capacidad económica de los jugadores.

La segunda cancha que visitada es la de la Veleñita (imagen 2). Conocí esta cancha gracias a googlear sobre canchas de tejo en el norte de Bogotá. Me pareció interesante debido a las fotografías que encontré y a la ubicación. Aunque bien es cierto que comparando las dos, suele ser un poco más variada los Bucaros, la veñelita tiene un alto porcentaje de familias (con hijos mayores de edad debido a que es un establecimiento de venta de licor) lo que la convierte en un ambiente un poco más ameno y tranquilo.



Imagen 2. Cartografía de la Cancha de Tejo La Veleñita. Realizada por los participantes. Trabajo de campo, 2017

Esta cancha es un ambiente totalmente distinto al de los Bucaros. La cancha “La Veleñita” está ubicada en la calle 130 con carrera 58 en el barrio ciudad jardín norte. Es un amplio

lugar con una ubicación horizontal de 6 a 8 líneas de tejo dependiendo de la disponibilidad. En la parte izquierda es donde queda la pequeña cocina en donde 3 a 4 personas se encargan de preparar las picadas y las sopas. Desde la entrada hasta las canchas hay dos espacios importantes: el primero es donde se encuentra la cocina y un pequeño apartado de cubículos. El segundo es al fondo donde se ubican las grandes canchas de tejo. Debido a que la estructura es plenamente horizontal, es posible observar de pleno a todos los grupos que entran a jugar al establecimiento, es por esto que la observación fue un poco más sencilla en este espacio.

Una de las grandes diferencias con la cancha de tejo de los Bucaros, es que en la Veleñita se realizan cierto tipo de eventos. La cancha es posible alquilarla para realizar fiestas o reuniones de fin de año o celebraciones de familias. Es muy interesante observar como llenan el espacio con mesas y en la parte de la derecha, contra la pared, ubican una pequeña tarima con equipo de sonido para ambientar la “celebración”. Un espacio que muchos piensan como solamente de juego y bebida, es utilizado para socializar de una manera distinta, lo cual rompe completamente con los prejuicios que tenía antes de asistir.

El lugar no es muy difícil de describir, al igual que la cancha de los Bucaros, el techo es alto, de aproximadamente unos 4-5 metros de altura. Las paredes también presentan pequeñas picaduras debido a los tejos y la pintura pareciese que fuese estándar para todos los establecimientos: amarillo y azul. Algunos stickers de Águila decoran las paredes, pero son insignificantes, ya que la atención se centra en las pequeñas divisiones de las líneas. Cada cancha tiene solo una pequeña reja que la separa de la siguiente, en esta reja se cuelga el costal en el cual se debe limpiar el tejo cuando se retira del barro o la arcilla. Esto me hizo pensar muchas veces en cómo era posible evitar que uno equipo golpeará al otro al lanzar los tejos o que se desviarán y cayerán en las canchas de los grupos vecinos. Sin embargo, me percaté que, aunque el jugador carezca de talento para el deporte, nunca desvía tanto el tejo hacia el otro lado como para invadir la línea del grupo vecino.

El olor del lugar tampoco difiere mucho al de la otra cancha, un poco de cerveza y pólvora dependiendo de la hora del día. Si es posible llegar a la hora de apertura, el olor que se puede apreciar es el del jabón con el que están aseando el piso del lugar o en algunos casos, un delicioso olor a sopa cuando recién la están preparando. También es posible encontrarse a un par de muchachos arreglando las canchas de todas las líneas. Algo interesante de este lugar y que olvidé mencionar previamente es la existencia de pequeñas canchas de “mini tejo”. Una pequeña pared separa las grandes líneas de unos pequeños cubículos en los cuales existen 6 líneas de mini tejo. Estas canchas de tejo son bastante pequeñas en comparación a las otras y la distancia entre ellas es menor, sin embargo, esto hace que sea más complicado hacer una mecha, un bocín, o una embocinada, ya que al ser tan pequeña puede salirse el tejo fácilmente.

Estas canchas tienen un atractivo peculiar, en lo personal, el hecho de que estén rodeadas de las paredes con un color rojo, hace que centre mi atención al ingresar al local. También he de aceptar que el tamaño de las canchas las hace ver más sencillas y es posible que un jugador novato prefiera intentar su suerte en el mini tejo antes que en una gran cancha. Como experiencia personal, mi primera vez jugando tejo fue en una cancha de mini tejo. Después de tomar muchas cervezas logré hacer una embocinada y las mechas eran más sencillas de explotar. Tal vez es por esto que les sienta cierto amor a las canchas de mini tejo, además, no se siente una presión tan grande que si estuviese jugando con un grupo en una cancha de tamaño normal. Muchas personas sienten una intimidación por parte de la gran habilidad de otros jugadores, pero suele suceder debido a que inicialmente consideran que van a ser ridiculizados. Sin embargo, al avanzar el juego todo esto se pierde y solo importa la diversión y el buen rato.

Para terminar de contextualizar, narraré un poco una visita a campo en un día medianamente concurrido.

Martes 11 de la mañana, planeaba con unos compañeros por whatsapp una visita a la segunda cancha de mi investigación. Varios tenían el día libre y al comentarles por encima como era

el lugar se animaron rápidamente. Previamente solo había asistido al lugar para tomarme algo y observar, sería entonces la primera vez en la que iría a interactuar como jugador con un grupo de personas. Dentro de mí esperaba que no estuviese lleno, no quería pasar alguna vergüenza debido a algún descache¹² de mis compañeros como el ocurrido en los Bucaros. Nos encontramos todos a eso de la una de la tarde en la cancha. Esperamos afuera para que ninguno se perdiese, aunque el gran letrero encima de la puerta era un puto de referencia bastante obvio. Como es de costumbre, comenzamos a hacerle bullying a un compañero por el incidente que había causado en la otra cancha. Le pedimos por favor que evitara embarrarla de esa manera en este lugar, aunque probablemente todos íbamos a jugar mal. Al ingresar fuimos recibidos por una de las personas que atiende el lugar, un joven llamado Javier. Javier nos dirigió directamente a las canchas del fondo, las grandes, donde nos permitió elegir entre las que estaban desocupadas. Por sentido común supongo, elegimos la que estaba contra la pared para evitar que nuestra mala puntería ocasionara algún tipo de problema. Pedimos solamente medio petaco para comenzar a jugar. Al igual que en los Bucaros, nos abrieron un pequeño armario donde guardaban los tejos y nos permitieron elegir a preferencia, aunque no quedaban muchos debido a que se encontraban tres grupos más en el lugar.

Uno de los grupos era solo de hombres, sin embargo, estos hombres no se veían tan mayores. Calculando a ojo podría decir que se encontraban entre los 30 y 40 años el más adulto. Parecían divertirse como niños molestándose unos a otros antes de lanzar y fallar las mechas. El siguiente grupo era mixto, tres hombres y dos mujeres, también eran adultos jóvenes, pero estos eran más tranquilos, parecían familiares y por ende la confianza permitía que hicieran bromas acerca de la poca fuerza o de que mejor lanzaban otro tipo de cosas. Por último, el tercer grupo era de jóvenes como nosotros. Estaba compuesto de cinco hombres y tres mujeres, todos estaban vestidos informalmente, un par de muchachos tenían zapatos formales y una chica tenía botas de tacón, aunque no muy alto. Me sorprendió bastante ver este tipo de vestimenta al jugar al tejo ya que mis amigos y yo usábamos tenis para la comodidad. Sin

¹² Cometer un error

embargo, fue interesante ver cómo sin importar esto, jugaban bastante bien. Alguno que otro fallaba su lanzamiento, pero en general podía escucharse una mecha de manera seguida. Quedamos impresionados y molestábamos con que alguno se le midiera a jugar con ellos, pero debido a nuestro poco talento decidimos seguir nosotros.

Las cervezas poco a poco se fueron acabando. Al son de una música de cantina, las risas y bromas de mis compañeros y una deliciosa picada que pedimos durante la partida, el ambiente se hizo grato y nos olvidamos completamente del resto. Siempre que juego me llama la atención como cada grupo puede crear su propia atmósfera al jugar. Aunque griten, molesten, lancen madrazos al aire y rían muy fuerte, nadie se percata ni se siente molesto por el ruido. Cada uno está en su cuento y no es molestado por nadie a menos que el tejo sea tan mal lanzado que termine en otra línea. Existe un gran sentido del respeto hacia los demás a la hora de jugar, ya que no hay ningún tipo de reclamos por más duro que rías o más madrazos que echés. El hecho de que solo se permitan mayores de edad (cosa obvia debido a la ley colombiana) hace que sea mucho más permisivo el establecimiento frente a este tipo de cosas. Sin embargo, hay algo que me llama mucho la atención y no me había percatado hasta esta visita. La mayor parte de grupos que vienen a jugar, solo beben o comen. No he presenciado muchas personas que fumen en estos lugares tan cerrados. Supongo que precisamente es por eso que se abstienen de hacerlo, ya que no existe una gran ventilación y más en esta cancha donde el techo no es tan alto como en los Bucaros. Esta prohibición no se debe directamente a la ley, ya que no existen señalizaciones que lo expliquen, sino que las reglas del mismo establecimiento normatizan este tipo de actos.

Después de analizar varias cosas y seguir jugando durante un par de horas, el medio petaco se terminó y mis amigos ya se encontraban exhaustos de tanto “volar piedra”. Uno de los grupos que se encontraban antes de nosotros ya se había ido, en contraparte llegaron otros 2 dejando solamente 1 cancha desocupada. Me di media vuelta para observar por encima del muro las canchas de minitejo y se encontraban completamente llenas. El lugar había estado lleno quien sabe por cuánto tiempo y nosotros ni por enterados de que pudiesen estar o no mirándonos como jugábamos. Una gran cantidad de adultos y jóvenes de grupos mixtos le

daba un ambiente diferente al lugar. Las vestimentas de diferentes colores hacían ver como si no fuese una cancha de tejo sino una especie de reunión de universitarios. Camisas verdes, amarillas, rosadas, de rayas entre otras cosas. Fue una linda manera de despedir la cancha por esta vez. Nos despedimos Javier, entregamos los tejos y nos retiramos del lugar.

Esta fue una de las visitas a la cancha de la Veleñita en la cual pude observar ambos tipos de interacciones, tanto de clase como de género en la cancha. Los análisis como ya lo he mencionado anteriormente, los realizaré en los respectivos capítulos. Sin embargo, le dejo a usted señor lector este abrebocas de lo que es este pequeño universo que probablemente desconocía. En este caso, el informante clave de parte de los jóvenes universitarios es Javier, el chico que varias veces nos atendió en el lugar. Vive cerca a la cancha y le gustaba venir a jugar seguido, a veces se toma un día libre y viene a jugar con sus amigos y por ende fue de gran ayuda en la investigación. Gracias a Javier conocí a Camila la cual fue la ayuda femenina en cuanto a perspectivas de género, clase y técnicas en el tejo por parte de los jóvenes. Este par de muchachos fueron los que me posibilitaron unir los cabos sueltos en la investigación y los que sacaron la cara por los jóvenes a la hora de jugar. Claramente la diferencia de habilidad es notable, los adultos jugaron mejor en muchos de los escenarios, pero gracias a ellos no nos quedamos atrás y podemos dar pelea a la hora de participar. No siendo más, procederé con los respectivos análisis: Primero será sobre el género, masculinidad, feminidades y roles de género. Luego terminaré con las clases sociales: capital económico, capital social y técnicas corporales.

CAPÍTULO 2. Masculinidades, feminidades y roles de género en torno a la práctica del tejo. Aproximación desde la categoría género

Como lo mencioné anteriormente, uno de los principales análisis de este trabajo será en torno a la gran categoría del género. Para desglosarlo de una manera más sencilla utilizaré tres grandes subcategorías para explicar lo más relevante de la cancha. Las categorías serán: Masculinidades, feminidades y roles de género. Desde las masculinidades analicé los comportamientos de los hombres en la cancha a la hora de jugar: Palabras, actitudes, poses corporales etc. En el caso de las mujeres el material de análisis fue exactamente el mismo: sus comportamientos, sus maneras de expresarse, los actos que realizaban y como se desenvolvían en diferentes situaciones. Comenzaré primero con masculinidades

“Se le encogió del susto o qué Gabriel”. Masculinidades en la cancha

Las masculinidades fueron uno de los puntos más sencillos de analizar en la cancha. La cantidad de hombres que asisten, al ser mayor que las mujeres, permitió fácilmente observar una variedad de comportamientos para sacar ciertas conclusiones. No me atrevería a sacar generalidades acerca de la masculinidad de los hombres en las canchas de tejo debido a que mi espectro de estudio no fue tan amplio. Sin embargo, sí podría generalizarlo dentro de estas dos canchas.

Me gustaría comenzar con la estructura en sí del lugar. Como lo mencione previamente en la descripción del campo, el corredor que atraviesa las canchas en “Los Bucaros” contiene un enorme orinal horizontal. Este baño está principalmente diseñado para los hombres, porque está conformado por un lavamanos, un lava traperos y un orinal que puede ser ocupado por máximo dos hombres al tiempo. Cabe resaltar que, por este motivo, cuando se da la ocasión de que dos hombres utilizan el orinal al tiempo, es muy probable que se puedan ver sus miembros entre sí, ya que no existe ninguna separación. El baño está en la parte central del lugar, así que conecta con todas las canchas de tejo, y la persona que esté allí se puede sentir

vista por los demás. Debido a la cantidad de hombres que frecuentan el lugar, este suceso puede observarse varias veces. Sin embargo, las reacciones dependen principalmente del estado de alicoramiento del individuo. Entre más cerveza haya consumido es más probable que haya perdido la vergüenza. Empero, aquellos que están “sobrios” son más propensos a sentirse incómodos si deben orinar junto a otro hombre.

Me llamó la atención analizar esta estructura gracias al texto de Beatriz Preciado *Basura y Género* (2006) donde es posible analizar un poco las diferencias entre el espacio público y privado respecto a los baños. Preciado (2006) muestra cómo los baños reproducen las feminidades y las masculinidades a través de su estructura arquitectónica y que por medio de esta se crean dos lógicas que esclarecen la posición del hombre y la mujer respecto al ámbito privado y público. La autora deja claro que los baños “son escenarios normativos de producción de la masculinidad, pueden funcionar también como un teatro de ansiedad heterosexual. La división espacial de funciones genitales y anales protege contra una posible tentación homosexual, o más bien la condena al ámbito de la privacidad” (Preciado, 2006: 4). En sí, Preciado nos está hablando de que la mujer se relaciona con lo privado y el hombre con lo público y esto lo argumenta por la misma distribución del espacio. La mujer para poder orinar tiene que entrar en un cubículo donde está aislada del resto, mientras que los hombres realizan este acto en los orinales, sitios más públicos donde existe una mayor interacción entre sí.

En los Bucaros existe esta diferencia arquitectónica muy clara. Sinceramente señor lector, no me percaté de esto hasta que comencé a asistir al lugar con mis compañeras de clase para interactuar directamente en la cancha. Esto fue como desde la cuarta o quinta visita. Un viernes que decidimos asistir en grupo después de clases con dos amigas y dos amigos fue el día donde comencé a observar más detalladamente esta división del espacio. Al llegar al lugar nos atendieron como siempre lo hacen, no existía una diferencia en la manera de hablarnos por el hecho de que hubiese mujeres. Nos ofrecieron “pola” y pedimos medio petaco para jugar. Siempre mi intención era analizar mi entorno, pero utilizaba la excusa de relajarnos después de una ardua semana de estudio.

Pasado el tiempo y después de haber consumido un par de cervezas comenzaron las ganas de ir al baño. Mis amigos y yo podíamos fácilmente dejar el tejo sobre una banca e ir al orinal. Orinar, lavarnos las manos y volver rápidamente para nuestro siguiente turno. Cuando volví a nuestra línea miré a mis amigas y me quedé pensando en donde podrían ellas ir al baño cuando tuviesen ganas, ¿Tendrían que salir a buscar en los locales cercanos? ¿Aguantarse hasta la universidad? Esto me parecía un poco absurdo y sentí pena del momento en el que me preguntasen y yo no podría contestarles con seguridad porque nunca me había percatado. Empero, rápidamente llegó ese momento, pasé por la pena de decirles que no sabía y nos vimos obligados a llamar a Don José para que nos explicara a donde podían ir mis compañeras. “Claro que si tenemos baño para ellas, en el segundo piso a la derecha detrás de las máquinas de bolirana la puerta azul, también hay papel por si necesitan entonces no se preocupen vayan tranquilas”. Quedé sorprendido y a la vez tranquilo al saber que sí podrían ir y no tenían que aguantarse las ganas. Así pues, podíamos seguir jugando, sin que se ausentaran por mucho tiempo por ir más lejos. Pero este hecho me causó cierto sinsabor y me caló por un tiempo. ¿Por qué las mujeres tienen un baño que está tan apartado al de los hombres? Es prácticamente invisible a menos que se pregunte, ya que nadie sube al segundo piso o eso percibí en todas mis visitas. Ni siquiera vi a Doña María o sus empleadas subir, no sé si coincidentalmente nunca tuvieron ganas cuando asistí a la cancha o cual era la razón, pero me parecía curioso que hasta ese momento no me enteré que existía este lugar.

Así entonces, en la cancha de los Bucaros esta diferencia entre lo privado y lo público se evidencia en los baños. Es muy claro entonces la diferencia en una dimensión arquitectónica, ya que las mujeres deben subir a un baño completamente fuera del espacio de la cancha, oculto y muy privado, mientras que los hombres lo hacen en un orinal publico donde pueden ser visibles por gran parte de los asistentes. Sin embargo, si los hombres tienen en algún momento cólicos o estreñimiento y deben utilizar los baños de arriba pueden hacerlo, pero nunca presencié esto en las visitas que realicé. Según Preciado, esto se vincula con la forma en que se construye lo privado en el hombre.

Al preguntarle a Don José acerca de esta cuestión, él respondió:

Pues la verdad es que obvio teníamos que tener baño de mujeres, no ve que doña María y las empleadas también van? *risas* pero que por qué están separados? Pues porque las mujeres no podrían hacer aquí en la cancha, o sea como las va poner usted a hacer en ese orinal? Ellas necesitan pues privacidad no? Y pues por la posición no había donde construir ese cubículo acá abajo, pero el baño siempre ha estado pero siempre me preguntan dónde queda, a lo mejor tengamos que poner un letrero para que no crean como usted que no tenemos. (Entrevista Don José, 2018).

Así Don José afirma que “ellas necesitan privacidad”, se asimila la posición de la mujer en el ámbito privado, doméstico, íntimo, etc. Aquí se reproducen las lógicas dicotómicas de lo privado y lo público, como lo expresa Preciado “dos lógicas opuestas dominan los baños de señoras y caballeros. Mientras el baño de señoras es la reproducción de un espacio doméstico en medio del espacio público, los baños de caballeros son un pliegue del espacio público en el que se intensifican las leyes de visibilidad y posición erecta que tradicionalmente definían el espacio público como espacio de masculinidad” (Preciado, 2003: 3). En este caso el uso de los baños, a mi parecer, es un poco más relacionado a la misma infraestructura del lugar, es muy difícil que una mujer utilice un orinal. Aunque existen dispositivos actualmente que le facilitan a la mujer la posibilidad de orinar de pie, es poco probable que los demás asistentes del lugar hiciesen caso omiso frente a esa situación. Para nosotros los humanistas, después de haber estudiado por mucho tiempo las relaciones de género y demás, estas situaciones resultan tan normales como que una mujer utilice el baño de los hombres cuando el de las mujeres está muy lleno. Sin embargo, para el resto de personas esto puede ser antinatural o socialmente no aceptado.

Es por esto entonces que considero que en la cancha existen estos estándares de lo público y lo privado porque se mantiene la idea de que la mujer debe respetar su cuerpo, no exhibirlo como un hombre al orinar públicamente en aquel espacio donde puede ser observado con facilidad. Aunque sean cuestiones de infraestructura, arquitectura y facilidad para la mujer, deja a los hombres por encima de ellas demostrando su masculinidad a la hora también de ir al baño. Esto principalmente por las reacciones que pueden tener los que van junto a otro hombre.

Parece que este inconveniente no fuese importante ni les afectara a aquellos hombres que frecuentan el lugar, los hombres adultos utilizan el orinal de a parejas sin ningún problema o incomodidad. Los jóvenes en cambio, junto con aquellos que lo visitan ocasionalmente si les afecta de manera directa. En varias ocasiones fue posible observar como los jóvenes se sentían incómodos si un hombre mayor se acercaba a utilizar el orinal al mismo tiempo que ellos. Los jóvenes entre sí no iban juntos, pero era muy difícil saber en qué momento otro participante del lugar haría uso del baño. La incomodidad era visible, ya que intentaban alejarse lo más que podían hacia un extremo del orinal. Trataban de taparse con las manos o hacerse hacia un lado para no ser vistos por el otro hombre. Un ejemplo, es un compañero que asistió conmigo a una de mis visitas. Él me comentó en una charla que se sentía incómodo por la falta de privacidad pues cuando le tocó ir a orinar, encontró demasiada cercanía entre el hombre extraño y él.

No marica, la verdad que mierda tan incómoda. Orinar al lado de otro man, o sea uno lo hace en la universidad si? Pero en la U uno tiene como ese metal que lo separa del otro orinal y como que no me siento observado, pero prácticamente ahí me podían ver el chi*** y no, cómodo no me siento con eso, a la próxima espero que esté solo para ir (compañero, charla días después de una visita, 2018).

Es posible deducir que las situaciones antes mencionadas son algunos de los códigos que tienen los hombres de ese lugar, y que los lleva a diferenciarse de cierta manera de los hombres de otros contextos. Además, podemos observar que dentro de esos códigos antes mencionados también existe una definición de que es ser un hombre, el cual es sinónimo de macho para ese contexto. Al respecto, Guttman (2000 citado en viveros 2002:55) describe que:

La primera entiende por masculinidad cualquier cosa que los hombres piensan y hacen; la segunda se refiere a la masculinidad como todo lo que los hombres piensan y hacen para ser hombres; la tercera señala que algunos hombres, por adscripción o de forma inherente, son considerados "más hombres" que otros y la cuarta enfatiza en la importancia de las relaciones entre lo masculino y lo femenino y sostiene que la masculinidad es lo no femenino. (Viveros, 2002: 55).

Con esta definición aplicada a las condiciones propuestas por la cancha, podemos comprender que los hombres entonces basan su masculinidad tanto en lo que piensan como en lo que hacen para ser lo que ellos consideran que es ser hombre. Esto puede variar dependiendo del contexto social, así mismo en esta cancha tienen su propio pensamiento de lo que sería ser más hombre. Respecto al baño, el poder orinar sin ningún tipo de preocupación es parte de ello. También logré escuchar algunas veces ciertas bromas acerca del tamaño del miembro cuando iban dos adultos que se encontraban en el mismo grupo y por ende existía cierta confianza. “jajaja se le encogió del susto o qué Gabriel jajajaja” frases así son posibles escucharlas de los adultos un poco más embriagados que van a orinar y se sienten más masculinos por tener el miembro viril más grande o por ridiculizar a otro hombre por su tamaño o por la cobardía.

Gracias a César Azamar (2015) es posible comprender este tipo de comportamientos masculinos para reforzar su masculinidad. Para Azamar “La masculinidad no es una condición inherente al cuerpo del varón, sino que es una construcción cultural, con matices y fisuras. Al apostar por la racionalidad, los hombres niegan y excluyen su lado emotivo; con ello deviene lo que se conoce como crisis de las masculinidades” (Azamar, 2015: 57). Esto quiere decir que, además de la virilidad, los hombres intentan demostrar su masculinidad por medio de la supresión de sus emociones. Lo mismo sucede en la cancha, un hombre no puede demostrar tristeza si pierde porque puede ser ridiculizado por los demás o en la misma ridiculización, debe aprender a reaccionar de manera fuerte para no permitir ser inferiorizado. A través de las observaciones fue posible ver como la feminización de los comportamientos masculinos y el humor, aparecen como formas de reafirmar lo esperado de los hombres en la cancha. Es decir, la manera correcta de desenvolverse en la cancha, el lenguaje que usan y también su corporalidad. Expresiones como “Esa pobre loca juega re mal” “No ese marica es muy manco ese ni lanzar sabe” son comúnmente escuchadas en los hombres adultos para ridiculizar a los adversarios. En las veces que asistí y escuché este tipo de comentarios, no percibí que fuesen con la intención directa de agredir a la persona. En la mayoría de los casos estas expresiones naturalizan y aquellos a quienes van dirigidas no se sienten plenamente

afectados por ellas, sin embargo, hay ciertos individuos que logran reducir su nivel de habilidad después de estas frases.

Retomando a Viveros, a la hora de ser hombre en la cancha ese tipo de factores juegan un papel importante. El saber cómo distraer al contrincante con aquellas bromas; el ser capaz de consumir una mayor cantidad de alcohol que el resto; el demostrar una mayor habilidad a la hora de jugar hasta llegar a apostar gran parte de la cuenta por la confianza que se tienen y en su masculinidad. Este tipo de comportamientos me llamaron mucho la atención porque son propios de estos espacios. Estos lugares les permiten a los hombres desarrollar su masculinidad de una manera distinta, poniendo entonces en tensión la de los demás para reafirmar la suya. Al preguntar “¿para usted que es la masculinidad aquí en la cancha?” a ciertas personas obtuve las siguientes respuestas:

- No pues ser hombre es tomar mucha cerveza mijo.
- Lo masculino es poder lanzar el tejo con mucha fuerza y siempre atinarle a la mecha.
- Lo masculino es demostrar el poder de lanzar tejo con una mano y en la otra la cerveza y que no se derrame nada *risas*.
- Pues lo masculino es demostrarte aquí a las doñas que nosotros mandamos en el juego.
- Pues parece aquí como soy el que más sabe de ellos entonces supongo que demostrar que soy el mejor en mi grupo y que aguanto tomar mucha pola sin dejar mi habilidad

Este tipo de respuestas me muestran entonces dos cosas importantes que entran en la definición de Guttman sobre lo que es ser hombre. Los hombres en la cancha piensan que son más hombres por lo que hacen y ¿Qué es lo hacen? Competir entre ellos, demostrar su fuerza y su habilidad, su capacidad para aguantar alcohol y el hecho de sobresalir sobre los demás hombres. Queda claramente demostrado entonces que los hombres utilizan este espacio no solamente para pasar un buen rato, jugar o consumir cerveza, sino que batallan constantemente para reafirmar su masculinidad imponiendo sobre los demás sus habilidades en torno a todas las prácticas que se pueden realizar en la cancha. Aunque no logró ser visible

más de un par de veces, a la hora de comer también se percibe una necesidad por ser el que más acapara la comida. Muchas veces se ve como una sola persona puede comerse gran parte de la picada y en todos los casos aquella persona es un hombre. No pregunté específicamente el porqué de esto, ya que lo percibí muy pocas veces, pero me causa curiosidad como también con la alimentación lo utilizan como una manera de demostrar su masculinidad.

Agregado a esto, algo que es posible percibir en muchos casos es la existencia de micromachismos. En primera estancia, el hecho de que las mujeres sean las que se encarguen de la cocina y no se les permita acercarse a la cancha. El trabajo de las empleadas es un poco más pesado que el de Don José. Él solo se encarga de servir mesas, hablar un rato con los participantes y llevar los petacos, mientras que las mujeres están constantemente cocinando, atendiendo el restaurante, limpiando las mesas, etc. Además de esto, las mujeres que asisten como participantes también sufren de micromachismos. Los hombres en varias ocasiones, queriendo demostrar poder, subyugaban a las mujeres dándoles órdenes. Cosas como “téngame”, “Sírname ahí en el vaso”, “Hágale rápido que estoy que me juego”, ordenes sin agradecimiento alguno y con un aire de superioridad. Esto hace claramente que las mujeres sirvan plenamente a los hombres y pierden un lugar en la cancha.

Al respecto Bonino enfatiza: “Es una maniobra de los micromachismos encubiertos que se basa en la manipulación de la mujer para que ella propenda más por el cuidado del varón de la pareja, sus hijos, familiares e inclusive amigos, que de sí misma, dejando de lado su autonomía, desarrollo laboral, económico y profesional. Cabe anotar que como es una maniobra de los micromachismos encubiertos, este abuso se produce sutilmente y se desconoce su intencionalidad, razón por la cual hay una fuerte tendencia de las mujeres a sufrir este atropello.” (2002, pag 7).

Claramente este tipo de comportamientos hacen que la mujer se vea sometida al hombre en estos espacios. La vergüenza que se siente al ser tratada de esta manera, rodeada de muchos otros hombres que dan el mismo ejemplo, deja a las mujeres en un grado de inferioridad. Aunque quisieran responderle, pedir respeto, golpearlo entre otras cosas para evitar este tipo de trato, se encontrarían en desventaja, ya que la mayoría de los visitantes son hombres y es muy probable que apoyen a su “camarada”.

“Tampoco es como que a mí me guste ensuciarme mucho”. Feminidades en el tejo

Ahora bien, es momento de hablar de las mujeres en la cancha. A diferencia del análisis sobre los hombres y las masculinidades, a la hora de observar la feminidad me interesó cambiar un poco los aspectos relacionados con esta. Al haber utilizado expresiones, comportamientos y situaciones en los hombres, me interesó principalmente analizar a las mujeres desde dos aspectos importantes: El cuerpo desde las “tecnologías de género” de Teresa de Lauretis (2000) y desde una contraparte de la masculinidad como la negación de lo femenino desde Robert Chavez (2012).

Primero me gustaría hablar un poco sobre las “tecnologías de género”. Este concepto es desarrollado por la teórica feminista Teresa de Lauretis. Parte de la idea de tecnología de Foucault pero se utiliza como una herramienta conceptual para el estudio del deporte como ámbito de exclusión, discriminación y segregación de género. Esta permite entender la creación histórica de un terreno exclusivo de masculinidad y un sistema de significación donde se definen los valores y las características del mundo sexuado. En el caso del tejo, especialmente en estas canchas, es posible observar como las mujeres optan por evitar jugar en muchos casos para no ser ridiculizadas por los hombres al lanzar el tejo. Principalmente esto sucede con las mujeres jóvenes. Las mujeres adultas participan normalmente a la hora de jugar, hasta llegar al punto de sentirse superiores a los hombres sin importar los estereotipos que se tengan sobre las personas que lo practican. Es por esto que las tecnologías de género aplican principalmente con las mujeres jóvenes que pueden sentirse mas vulnerables y excluidas en estos espacios, ya que no suelen visitarlos con frecuencia.

Claramente un tema que se percibe en relación al cuerpo es la diferenciación en torno a la fuerza y la técnica, lo cual es posible evidenciarlo con un pequeño testimonio brindado por Doña María, quien me comentó en un momento que:

“... Sebastián: Ay no que problema, y ven, ¿me dijiste que las mujeres no ocasionan ese tipo de problemas?

María: No mijo, nosotros somos más mansitas.

Sebastián: *risas* y las pocas que vienen ¿juegan? o ¿qué suelen hacer?

María: No papito, ellas juegan y a veces hasta mejor que los manes, es que aquí (se señala el bicep) donde ve, tenemos hasta mejor brazo que ustedes *risas*.”

De esta forma, se puede observar una percepción diferente sobre la mujer a la hora de participar en el tejo. Mientras que las jóvenes pueden pensar que: “a nosotras no nos gusta mucho venir a jugar, esa cosa pesa mucho y además cuando intentamos no sabemos tirarlo bien y que oso. Sinceramente preferimos solamente tomar y apoyar a los chicos, tampoco es como que a mí me guste ensuciarme mucho” (entrevista chica, la Veleñita, 2018). Claramente las percepciones difieren a la hora de verse envueltas en el juego. Pero si lo analizamos desde la manera en la que las mujeres jóvenes lo perciben, podemos ver que prefieren realizar otras acciones para no verse como hombres y mantenerse en los estereotipos de la feminidad, es decir, no ensuciarse las manos, no tener tanta fuerza ni brazos grandes. Cabe aclarar que esto es una percepción de aquellas mujeres jóvenes y no responde a un general sobre la feminidad o lo que esto implica.

Si partimos desde la percepción joven acerca de la feminidad y sus capacidades físicas, observamos que las mujeres tendrían cualidades distintas a los hombres. Mientras que el hombre es fuerte (Muestra de la virilidad y masculinidad) la mujer es delicada y puede centrarse más en las actividades que no impliquen un gran esfuerzo. Esto nuevamente se puede relacionar con las tecnologías que producen las representaciones culturales de lo masculino y lo femenino. Según la autora, "el mecanismo de la representación tendría la propiedad de asociar el sexo a contenidos culturales dentro de una escala de valores y jerarquías sociales" (De Lauretis, 2000: 38).

Las tecnologías de género estarían entonces ligadas con prácticas socioculturales, discursos e instituciones que producen sujetos hombres y sujetos mujeres. El género y las diferencias sexuales serían efecto de dichas representaciones y prácticas discursivas. Las tecnologías de género actúan en forma física, en la propia producción del cuerpo y llevan a que se den procesos de incorporación (en el sentido de embodiment) de las disposiciones en la

materialidad de los cuerpos. Esto se puede entender desde la incorporación de las representaciones culturales del hombre y la mujer en el deporte como una práctica que moldea el cuerpo.

Un ejemplo para demostrar lo anterior sucedió en una de las canchas cuando asistimos con una compañera varias veces. Al comienzo no sabía tirar muy bien el tejo, decidimos comenzar a enseñarle y sin embargo seguía fallando. Se dio por vencida y no volvió a asistir con nosotros por un tiempo. El día que decidió volver, comenzamos a jugar como de costumbre y ella tomo la decisión de jugar con nosotros y volverlo a intentar. Sin un gran esfuerzo logró atinar el tejo al barro muy cerca de una mecha. Ni siquiera era necesario que hiciera explotar una mecha para hacerla feliz, este gran avance hizo que se emocionara y siguiera intentándolo sin descanso hasta que lo logró. Me decía durante los turnos algo como “Es increíble, es como si ya tuviera calculado el peso y la fuerza exacta para que me llegue sin más, quien diría que eso que dicen sobre dejar de hacer algo un tiempo para hacerlo mejor luego terminaría siendo verdad, lo siento como interiorizado” (compañera, charla informal durante visita, 2018).

Así pues, es posible evidenciar el argumento de la autora acerca de las practicas que moldean el tejo. Además, es interesante observar como también producen diferentes cuerpos en torno a deporte, se saca principalmente brazo, aunque no sea visible un aumento en la musculatura como tal, se percibe al ser capaz de soportar el peso del tejo y lanzarlo con más facilidad. Sin embargo, volvemos al momento de la segregación de género donde los hombres, que son más fuertes y hábiles tendrán la ventaja a la hora de participar. Puede ser por su contextura física o por una fuerza innata, pero se tiene la percepción de que son mejores que las mujeres así no posean experiencia alguna, como si su cuerpo fuese diseñado naturalmente para este tipo de deportes. Empero, es posible contrastar esto con la manera de percibir a la mujer de Doña María, para ella, las mujeres si están diseñadas para jugar al tejo. Según su comentario, el tipo de tareas que realizan como la cocina en este caso, hace que les sea más fácil calcular el peso y la distancia al lanzar el tejo. A mi parecer, doña María tiene razón en que las mujeres son muy buenas al jugar al tejo, las pocas adultas que logré observar en los grupos donde de

verdad competían, eran capaces de igualar en manos a los hombres. Es por esto que, aunque no puedo elegir cuál de los dos géneros es mejor a la hora de jugar, si puedo decir que se encuentran en igualdad de condiciones para un enfrentamiento equilibrado.

De acuerdo a Roberto Chávez (2012) el cual explica como lo masculino se crea en una negación de lo femenino, nos dice entonces que,

Kimmel (1997), citada por Valenzuela (2007) explica que (...) la masculinidad está conformada por un conjunto de significados cambiantes, aunque recorridos por una constante: la construcción histórico-social de la virilidad que tiene lugar en oposición a las mujeres y a las minorías sexuales y raciales. Así, la masculinidad es ante todo la “huida de lo femenino” originada por la necesidad de distanciarse de la madre que representa la infancia desvalida, dependiente y castrada que el varón debe sepultar. La identidad masculina nace de la renuncia de lo femenino, no de la afirmación directa de lo masculino, lo cual deja a la identidad de género masculino tenue y frágil. (Chávez, 2012: 08)

En la cancha de tejo es posible observar esta teoría, ya que gracias a la observación y a ciertos testimonios como los de mi compañera, es fácil relacionar a lo masculino con la fuerza, la competencia, la necesidad de superarse y de ser más hombres que otros, dejando entonces a lo femenino como lo débil, lo tranquilo, lo neutral y divertido. Esto principalmente por los actos que realizan las mujeres a la hora de asistir al lugar. Cuando las jóvenes prefieren tomar cerveza que jugar al tejo, dejan que los hombres demuestren que son hombres porque son capaces de jugar, negando entonces que no son mujeres porque sí juegan y no solo toman cerveza.

Además, en el mismo acto de ingerir alcohol, no ingerirán el mismo tipo de cerveza en algunos casos como la cerveza Redds, la cual consideran que “esa cerveza es para maricas y niñas” por ser dulce. Los hombres prefieren tomar Póker, Club Colombia y Águila. También se determina por la cantidad de cervezas que pueden tomar, mientras que una compañera se tomaría entre tres o cuatro, los demás hombres se acabarían el resto del petaco, es decir entre 10 u 11 dependiendo de la cantidad de hombres en el grupo. Sin embargo, esto es muy interesante, ya que como dice Chávez “la identidad masculina nace de la renuncia de lo

femenino... lo cual deja a la identidad de género masculino tenue y frágil” (Chávez, 2012: 08); de la misma manera, que los hombres actúan con base en lo que consideran ser hombres, cuando se ven opacados por actos más varoniles tienden a sentirse feminizados. El hecho de no soportar tanto alcohol, no ser bueno a la hora de lanzar el tejo o no aguantar las bromas y fallar constante, hace que el hombre pierda su masculinidad y, por ende, se evidencia ese estado de fragilidad.

Es bastante claro entonces como en el tejo, la mujer se encuentra en una posición de inferioridad. Esta posición esta impuesta tanto por los estereotipos corporales como por los sociales en torno a la práctica del tejo. Como fue posible observar en las corpografías, el cuerpo de una mujer que practica el tejo es muy parecido al de un hombre, por ende, las mujeres evitan este deporte para no terminar masculinizando su cuerpo de esta manera. Es preferible para ellas el mantener las manos limpias, bien cuidadas, una espalda pequeña y brazos de tamaño normal que cumplan con sus expectativas personales. Sin embargo, esta inferiorización de lo femenino no es propio del tejo, en otros deportes y situaciones es posible observarlo con facilidad. Uno de ellos es la escalada, en la cual se tienen diferentes rutas y prácticas para ambos sexos. Mientras que a los hombres les hablan sobre rutas de fuerza y resistencia, a las mujeres se les enseñan rutas de flexibilidad.

“Los hombres a hacer el chico y las mujeres a animar” Roles de género en el tejo

Para terminar con el análisis de la categoría del género, me gustaría concluir con pequeñas observaciones realizadas en torno a los roles que pueden ser visibles en la cancha. Este apartado lo analizaré a partir de la definición de los roles de género de la autora Aurelia Martín Casares y al autor Miguel Moya morales. Ambos me ayudarán a describir en lo que consisten los roles de género en los espacios y como entonces se evidenciaron en ambas canchas.

Casares define los roles de género como “las actividades, comportamientos y tareas o trabajos que cada cultura asigna a cada sexo. Los roles varían según las diferentes sociedades y a lo

largo de la historia, influidos por diversos factores como la economía, la religión o la etnicidad” (Casares, 2006: 51). En el espacio del tejo, los hombres y las mujeres interactúan y participan de forma diferenciada. Aunque en la cancha pueden participar ambos géneros, es posible identificar que existe una relación asimétrica en la práctica del deporte. No obstante, existen tanto hombres como mujeres que son jugadores, que podríamos llamar muy talentosos, a la hora de jugar al tejo, pero es muy dicente que en los grupos que se pueden observar, la mayoría siempre serán hombres, dejando solamente de a dos o tres mujeres por grupo.

La diferencia sexual utilizada para legitimar desigualdades también se evidencia un poco en los roles de los dueños en sí. En la cancha solo interactúa Don José o un par de muchachos, mientras que en la cocina se encuentra Doña María y sus empleadas. La separación es muy clara, ya que solo se les ve para llevar un poco de comida cuando la cantidad de clientela es muy alta, pero no se les ve interactuando, jugando o atendiendo como tal a los participantes de la cancha. Su trabajo se limita plenamente a preparación de alimentos. Este hecho podría ser analizado a partir de la dominación masculina de Bourdieu (1998). Sin embargo, esta no es la única forma de analizarlo.

La dominación masculina es definida como la violencia simbólica, violencia amortiguada, insensible, e invisible para sus propias víctimas, que se ejerce a través de los caminos puramente simbólicos de la comunicación y del conocimiento o, más exactamente, del desconocimiento, del reconocimiento o, en último término, del sentimiento (Bourdieu, 1998). Si bien las posiciones y roles que se encuentran en el tejo no hacen parte de una violencia explícita y tangible hacia las mujeres, estos si constituyen una dominación masculina debido a que se establece un reconocimiento de categorías que ponen en un nivel más especializado al hombre que a la mujer. El hecho de que solo Don José puede brindar los tejos, llevar las cervezas, dar consejos a la hora de jugar a los principiantes o preparar las canchas, demuestra claramente cómo se tiene al hombre en una posición privilegiada.

El programa de percepción incorporado del cual habla Bourdieu (1998), se refiere a la relación existente entre esquemas objetivos y cognitivos que se aplican a todas las cosas del

mundo y que se corresponden con la visión mítica del mundo en la que el hombre ejerce dominación sobre la mujer (Bourdieu, 1998). Un claro ejemplo de esto es la referencia que poseemos a la hora de escuchar la palabra tejo. Gracias a las corpografías, en el momento en el que les pedí a los jóvenes dibujar un estereotipo de persona que juega tejo, dibujaron un hombre. Las características eran: Gordo, con barba, desalineado, manos grandes, brazos fuertes y en la mano una cerveza. La imagen del tejo claramente está asociada con los hombres y es por esto que, se puede evidencia una clasificación cognitiva que se relaciona con los esquemas objetivos de la sociedad en los cuales el hombre es designado para desempeñar un papel más especializado que la mujer. En este caso, el único referenciado para practicar este deporte.

Ahora, Miguel Moya morales nos brinda una percepción un poco más centrada a los comportamientos sociales de los géneros en un espacio específico. Moya nos dice entonces que:

Por otra parte, la identificación como hombre o mujer tiene un aspecto dinámico (gender roles) que nos lleva a comportarnos como nosotros creemos que debe de comportarse un hombre o una mujer en las múltiples situaciones que se nos presentan en la vida. Como dicen Money y Ehrhardt, «el dimorfismo de respuestas en base a la forma de los genitales externos es uno de los aspectos más universales de interacción social humana» (Moya, 1984: 1)

Es interesante observar cómo se toma la interacción social con base en la distinción sexual. El género también es una construcción social, por lo que esta construcción también está basada en la distinción biológica. La interacción de los individuos se ve afectada por sus genitales dejando de lado todo lo demás. Esto puede sesgar cualquier interacción y es interesante ver cómo se perciben los roles en la cancha respecto a una distinción biológica.

Principalmente esta división la observamos claramente con solo entrar al lugar en una hora pico. Es muy probable encontrar el establecimiento lleno, con las canchas ocupadas casi por completo, distinción entre adultos y jóvenes y hombres y mujeres. Esta última es la más

importante. Las ocasiones en las que asistí a las canchas en sus horas más concurridas, las mujeres que jugaban en los grupos que se encontraban eran muy pocas. Era más común encontrarlas tomando cerveza, apoyando a sus amigos o parejas que interactuando directamente en el espacio.

Un caso que me llamó mucho la atención y a la vez me dejó consternado, fue cuando presencié una mujer embarazada que acompañó a su pareja a la cancha. Ambos llegaron en una moto, se sentaron en la mesa de al lado en la que estábamos y el hombre pidió cerveza y ella también. Primero me sorprendió el hecho de consumir alcohol estando embarazada, sin embargo, fue mayor mi impresión cuando el hombre de la nada se paró y se unió a un grupo de personas al que parecía conocer y la mujer se quedó en la mesa prácticamente cuidando su cerveza. Como si su posición de mujer no le permitiera interactuar en el juego. Dado que existen diferentes tipos de tejo con pesos ideales, fácilmente hubiese podido elegir el más adecuado para ella y así no esforzarse tanto. Su embarazo a simple vista parecía de entre cuatro a seis meses, por lo que fácilmente podía movilizarse. Me sentí bastante mal con aquella mujer porque percibí que por su estado y por su género su papel y su rol en el espacio era el de servir a su pareja, cuidando su trago, alentándolo y esperando paciente a que él se cansara y se fuera. No me atreví a preguntarle el porqué de aquella decisión, ya que la pareja no parecía para nada tolerante, por lo que me queda esa espinita en mi investigación.

Comparando esto con mi relación, las veces que asistí con mi pareja ambos jugamos sin importar nuestra habilidad. Ella era más hábil que yo y aun así disfrutábamos del tiempo allí, del licor y la comida. La interacción era fluida y no existían miradas discriminantes hacia nosotros. Empero, siempre observamos que, aunque fuésemos un ejemplo de una mujer habilidosa jugando al tejo, ganando y demostrando su poder, las mujeres preferían seguir observando desde las mesas con sus cervezas en la mano. Así pues, pareciese que el simple hecho de ser mujer en las canchas del tejo, direcciona a tomar un rol en específico: el de ser observadora pasiva con la única finalidad de consumir alcohol. Incluso aunque existan mujeres que rompan con esta asignación natural en el espacio, parece que la mayoría sigue respondiendo a este estereotipo.

Retomando a Moya, los comportamientos esperados en ciertos espacios sociales condicionan las prácticas de ambos géneros. Gracias a los estereotipos, el ver que una mujer se comporte de manera masculina hará que sea mal vista. En el caso del tejo, lo masculino, como ya lo hemos observado, está relacionado con un alto consumo de alcohol, con el uso de insultos a la hora de jugar, con una corporalidad marcada y movimientos bruscos entre otras cosas. Las mujeres entonces se encuentran cohibidas a la hora de participar en este espacio porque deben realizar todo con mesura. Al consumir alcohol se miden para no tomar demasiado, si quieren comer, comerán solamente un par de cosas de la picada, si les entran ganas de jugar intentarán lanzar un par de veces. Fácilmente podrían realizar las mismas prácticas que los hombres, ya que las mujeres adultas lo hacen y no reciben una ridiculización ni tampoco son excluidas del espacio por no comportarse como el estereotipo. Empero, existe entonces una mayor preocupación por este aspecto en las mujeres jóvenes y por ende mantienen lo que ellas consideran son comportamientos socialmente aceptados en este tipo de espacios.

CAPÍTULO 3. Entre gomelos y obreros. El tejo desde la categoría de clase social

El segundo eje principal de análisis en mi investigación fue la clase social. En este caso, el campo mismo me brindó las características para dividir a los individuos en las clases sociales. El concepto está basando principalmente, como lo mencioné en la introducción, en los capitales sociales y culturales de Bourdieu. La interacción constante de individuos con diferencias marcadas en su forma de hablar, de actuar y de vestir fueron indispensables a la hora de analizar las pequeñas subcategorías que les brindaré a continuación. Las materialidades, las maneras de incorporar el habitus y la clase y de cómo el cuerpo habla de las prácticas en el lugar, sumado a las categorías nativas fueron las que marcaron la diferencia de las interacciones que se evidencian en las canchas.

“Lo que es la plata”. Diferencias económicas frente a la práctica del tejo

Me gustaría comenzar nuevamente con la estructura del lugar. En este caso, la división de las canchas tiene una razón de ser. Como lo mencioné en la descripción, en la cancha de los Bucaros, existe un corredor que separa las cuatro líneas delanteras y unas tres ocultas en el fondo. Los visitantes primerizos y los ocasionales suelen considerar que solamente es una división normal del espacio para un aprovechamiento en horizontal donde entre líneas que no se usen se pueden poner mesas para los grupos que las utilicen. En mi caso, mi percepción al comienzo fue muy parecida, solamente consideré que esta división servía como una ampliación de las canchas, una especie de aprovechamiento del espacio que tal vez antes era utilizado como bodega. Sin embargo, al comenzar a indagar me di cuenta que tiene una razón más específica de ser: Espacializar la diferencia según la habilidad al jugar y categorizar al jugador por su posible experiencia.

Luego de visitar varias veces el lugar en diferentes momentos de la semana, comencé a percatarme que esas canchas no se las ofrecían a todos los participantes que visitaban la

cancha. A nuestro grupo siempre lo ubicaron en las canchas de la derecha de la entrada, más nunca nos invitaron a seguir al fondo. Sin embargo, no estaba prohibido, muchas veces caminamos hasta aquellas canchas para observar que estaban vacía o con pocas personas usándolas. Aquellos que jugaban en ese lugar siempre eran jóvenes universitarios, nunca percibí ver hombres mayores. Comenzó entonces a causarme curiosidad esta división hasta que me vi obligado a preguntarle a Don José, el cual me contestó lo siguiente:

“Esas canchas las pueden utilizar todos mijo, pero la verdad es que las tenemos como reservadas pa los pelados que no saben o pa los gringos. Así no me crea aquí viene mucho extranjero a jugar, como que es la única cancha por acá cerca de Las Aguas donde siempre se bajan y los traen directamente aquí pa que jueguen algo tan colombiano como el tejo. Pero los mandamos directamente allá pa que no se sientan mal ni que aquí los manes que saben se las vayan a montar. Lo mismo con los pelados, ustedes tenían cara de jugar o de que conocían de esto por eso les deje hacerse aquí, pero donde les hubiera visto cara de culicagados los mando pa allá pa que no terminen llorando porque eso si es pesado aquí, pa asegurar que vuelvan mejor que tengan como la experiencia de un juego relajado ¿si me entiende?” (Don José, 2018)

El papel de Don José, en este caso, cumple un papel importante, ya que tiene el poder de clasificar y dividir a los asistentes en el espacio. Quedé bastante sorprendido con esta división social en el lugar. Principalmente porque deciden prestarle un espacio “privado” ya que no es posible observarlo con facilidad desde las canchas frontales. Es necesario acercarse hasta el orinal para percibir lo que sucede en aquellas tres líneas ocultas en tan inmensa bodega. Sin embargo, me parece algo sensato para que los visitantes poco experimentados, los que no saben del juego y quieren aprender con tranquilidad, puedan disfrutar de un buen rato sin ser molestados y que, además, les queden ganas de regresar a la cancha.

Un aspecto importante con respecto a los participantes de esas tres líneas es su capacidad económica. Es de conocimiento general que en el centro suelen cobrarles las cosas más costosas a los extranjeros simplemente por el hecho de desconocer la relación de oferta y demanda a nivel nacional. Es decir que suelen aprovecharse del poco conocimiento sobre los

productos para cobrar hasta 10 mil pesos de más por simples recuerdos. En la cancha sucede de la misma manera. Aunque no les cobran por jugar, sino por consumir, el petaco lo han llegado a cobrar hasta 100 mil pesos, es decir, 32 dólares aproximadamente. Muchas veces para el extranjero esto no es mucho por la cantidad de cervezas que pueden consumir, pero al realizar la conversión y saber el precio real, uno como nativo queda impactado de los incrementos en el pago que les hacen sin que se enteren. Es por esto que los “gringos” así llamados por todos en la cancha porque hablan en inglés (así no sean solamente americanos) tienen la imagen de ser personas con muchos recursos y que también son alejados de los demás para que no se aprovechen de ellos. Doña María me explicaba algo sobre esto:

“Es que aquí también son muy aprovechados, uno no puede estar sobre todos al mismo tiempo ¿no? Entonces como que usted deja que se junten por ejemplo el grupo de x con los gringos eso se arma un mierdero porque, de verdad, vi una vez que les estaban pidiendo plata por enseñarles a jugar, les sacaron como 30 dólares solo por decirles que tenían que tirar el tejo y pegarle al triangulito, no papito, así no se puede, claro, los gringos son todos inocentes y dan la plata felices por aprender pero si le preguntaran a José claro que él les va a explicar sin cobrarles. Pues aquí no hablamos muy bien inglés, pero sabemos decirles lo que cuesta y más o menos medio les intentamos explicar todo, pero tenemos que mantenerlos alejados por esa razón, tampoco queremos que un día se den cuenta y se armen más problemas” (Doña María, 2018)

Estos hombres que se aprovechan de los gringos ven en ellos una fuente de dinero que puede financiar el siguiente petaco. No percibí nunca una relación entre aquellos hombres mayores y los extranjeros, supongo que esto solo sucedía en el pasado y por ende los dueños de los establecimientos tomaron las precauciones adecuadas para evitar que se repitiera, pero gracias a este testimonio y esta situación es que logro encontrar una categoría muy importante como lo es la capacidad económica. Así pues, una de las grandes características de la clase social estaría enmarcada en el famoso concepto de Bourdieu de “capital económico”. En la cancha este capital es una gran característica para diferenciar a los individuos. Sin necesidad

de intervenir directamente en una categorización, los mismos participantes ya tenían una división social en la cancha. En este caso, con la separación invisible que demarcan el lugar donde van aquellos “marginados” que no conocen bien el juego ni poseen las habilidades para practicarlo de una manera competitiva. Sin embargo, es interesante porque allí se encuentra una parte importante del capital económico del lugar. Antes de continuar me gustaría definir este concepto. El capital económico en muchos casos va de la mano con el cultural, ya que juntos se centran en la cultivación del habitus de los individuos.

Es producto del trabajo acumulado, tanto en forma de materia, como en forma interiorizada o “incorporada” que es convertible en dinero y es indicado para la institucionalización en formas de derecho de propiedad. Lo importante de este capital es que permite identificar que existen dinámicas de intercambio en la vida social, en especial en la vida económica, que se definen por la cantidad de dinero al que se tiene acceso (Bourdieu, 2001: 133-135)

El capital económico nos demuestra entonces la cultivación del habitus de la persona en forma adquisitiva. Es principalmente la capacidad adquisitiva y económica que posee el individuo. En el caso de la cancha, claramente se ve un mayor capital económico en los extranjeros porque pagan mucho más por el mismo consumo que los demás. Aunque esto resulta de manera inconsciente, ya que no pagan más por demostrar que poseen más dinero, sino que simplemente son víctimas de su ignorancia (es decir, desconocen los contextos locales sus dinámicas) y del provecho que le sacan los empleados a ello.

Existe otra división interesante en el espacio respecto al poder adquisitivo y un estatus social que nace principalmente de las percepciones de los visitantes. Los hombres mayores, consideran que los jóvenes son “gomelos”. Muchas veces con preguntas informales acerca de los visitantes escuchaba lo siguiente: “pues estamos nosotros, a veces vienen como empresarios, también están los gomelos, los culicagados y los gringos” “Los gomelos, los gringos, los traquetos y nosotros”. Al preguntar por qué gomelos obtuve características varias: “porque siempre hablan de “marica y huevon” para todo” “Porque se visten, así como clarito y siempre con saco y camisa” “porque son gomelos y ya, se les nota como que tienen plata y por cómo se visten y hablan”. Principalmente los hombres mayores perciben a los

universitarios como gomelos debido a que muchos estudian en universidades de renombre como Los Andes, El Rosario, El Externado o La Tadeo. Al ser la única cancha conocida del centro, gran parte de los universitarios asisten allí muchas veces con ropa medianamente formal que puede brindar la mala imagen de una persona que quiere demostrar su poder adquisitivo por medio de la vestimenta o los accesorios. Sin embargo, al hacer parte de este grupo, considero que es inevitable porque es tan naturalizada la manera de vestir que no consideramos que sea más o menos que otras vestimentas. Empero, las muletillas de marica y huevón son generales y si pueden ser mal vistas, pero es difícil de evitar. Es por esto que cuando la gente se burla realizando una imitación de una persona gomela, utiliza esas muletillas en la mayoría de los casos.

Por parte de los estudiantes, también tenemos una división de clase. Los jóvenes tienen a percibir a los hombres adultos como “obreros”. En la mayoría de los casos era acertada esta categoría debido a que asistían a jugar con los chalecos refractivos y los cascos que utilizan durante las obras en el centro de Bogotá, por lo que fácilmente se infería su profesión. Sin embargo, también entraban aquí aquellos hombres mayores que no poseían esta vestimenta. Al preguntar exactamente el por qué los percibían a todos los mayores de esta manera, obtuve respuestas variadas: “Pues parece porque parecen, no sé, el tono de piel, como visten, como que no se ven así muy arreglados ¿me entiendes?” “marica por como hablan, esos hijueputazos a cada rato, esa manera de burlarse entre ellos y de a veces piropear a nuestras compañeras, se dan garra” “Pues que te digo, yo creo que son obreros, pero no todos, o sea muchos de esos manes sí parece y me han morboseado muy paila, las miradas se sienten iguales que pasar por esos arreglos de la séptima, pero otros no, yo creo que otros son como ejecutivos o se parecen a los de las esmeraldas de la Plaza del Rosario ¿si has visto?”. En la cancha, gracias a las percepciones de los mismos visitantes, tenemos diferentes grupos que podríamos enmarcar en clases sociales.

Con base en el capital económico, los “obreros” categorizan a los estudiantes como “gomelos” por su manera de hablar, por su manera de vestir, de gesticular y de actuar.

Asocian entonces que tienen más dinero por la ropa que usan y por muletillas que logran tener las personas que viven en ambientes diferentes a ellos. En el caso de los “gomelos” perciben a los hombres mayores como “obreros” por su manera de vestir menos formal que la de ellos. La implementación de groserías constantes en las charlas y el tono de voz elevado, sumado entonces a rasgos físicos hacen que consideren que poseen una capacidad económica menor que la de ellos. Sin embargo, es interesante observar como entre los hombres mayores, cuando asisten los esmeralderos, aquellos que se visten de traje o chaquetas de cuero con camisas claras, un carriel y jeans. Estos hombres poseen una capacidad económica bastante alta, muchas veces fue posible observar como sacaban un enorme fajo de billetes para cancelar la cuenta como si fuese tan sencillo como pagar una caja de chicles en una chazita. “Es que esos si demuestran lo que es la plata” me comentaban informalmente al preguntar sobre la percepción que tenían acerca de los que eran diferentes a los obreros. Al preguntarle a una chica acerca de los demás visitantes de la cancha obtuve lo siguiente:

Yo creo que habría otro tipo de personas si me pones a pensarlo en torno a la plata, o hasta dos. Unos serían esos, los de las esmeraldas y creo que metería en la bolsa también a los que parecen empresarios, a veces viene gente de traje, aunque yo no sé si sean gente de oficina o estudiantes de derecho, como se la pasan así vestidos también. Pero otra gente serían esos que parecen traquetos. Llegan en unas camionetas negras, están siempre con esa pinta de narcos de caracol así con la camisa abierta y cadenas, esos llegan y piden de una o guaro o whisky y se los consiguen rapidísimo. Como llegan con resto de gente eso parece que les sobra la plata y apartan a veces hasta 2 líneas para jugar sin ser molestados. Total, que nadie quiere meterse con ellos da como miedo marica (Entrevista a Paula, 2018)

Estas dos nuevas categorías me llamaron mucho la atención. Si hiciéramos una división jerárquica en torno al poder adquisitivo y el capital económico, estarían en la cima aquellos traquetos que mencionaba Paula. No fue posible observarlo en ninguna de mis visitas, ya que al parecer asisten casi en la noche y se quedan hasta que cierran el establecimiento. Luego de ellos estarían los esmeralderos por la enorme cantidad de dinero que manejan con sus

negocios y lo posible de ver en sus fajos de billetes. Debajo de estos estarían los extranjeros por la cantidad de dinero que les hacen gastar en la cancha. De penúltimas encontraríamos a los “gomelos” por la percepción de los hombres adultos y en la base de todo estarían los “obreros”. Me pareció muy interesante como la cancha misma me brindó esta clasificación, por lo que es muy clara la percepción de los visitantes de un lugar tan estereotipado como lo es una cancha de tejo.

Cuando le pedí a ciertas personas una corporografía sobre un jugador de tejo, lo que obtuve demuestra mucho la percepción de los obreros. Dibujaron un hombre con barriga, camisa abierta, manos grandes y brazos fuertes. (imagen 3) Una apariencia desalineada y una cerveza en la mano. El otro grupo lo dibujó más parecido a un campesino con un sombrero y un poncho (imagen 4). No pensaron nunca que encontrarían universitarios, jóvenes, con traje, con zapatos de cuero formales. No se les ocurrió nunca dibujarse a sí mismos como jugadores que podría ser el más común de los participantes. Es por eso que los estereotipos de clase son tan marcados que la percepción de los jóvenes en la cancha es que todos los adultos que lo practican corresponden a una clase social inferior y por ende siempre serán mal vestidos y mal hablados. Empero, me encanta la diversidad de estas canchas, es más fácil encontrar jóvenes o adultos con camisas de colores y diseños varios que este patrón de camisas sencillas y pantalones negros.

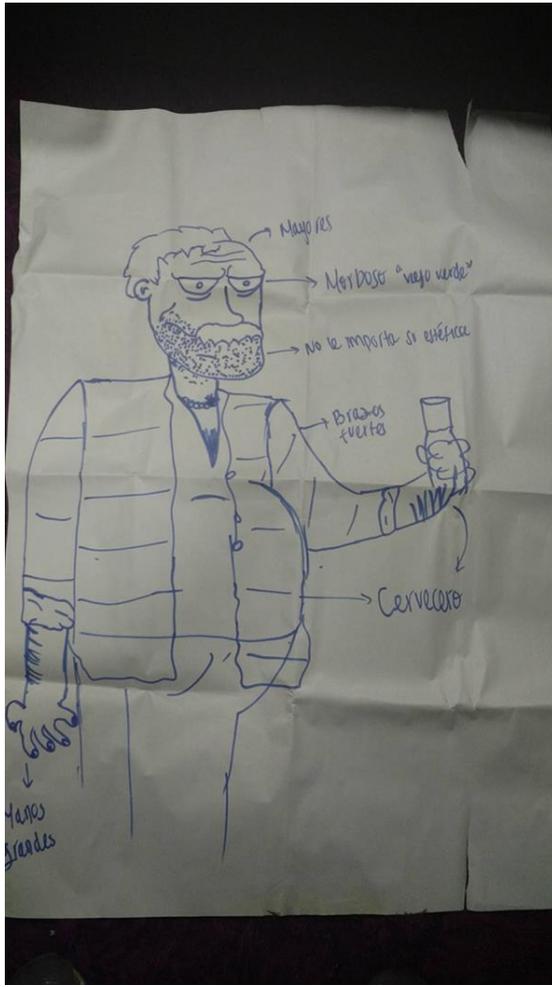


Imagen 3: Corpografía jugador de tejo masculino: Los Bucaros 2017

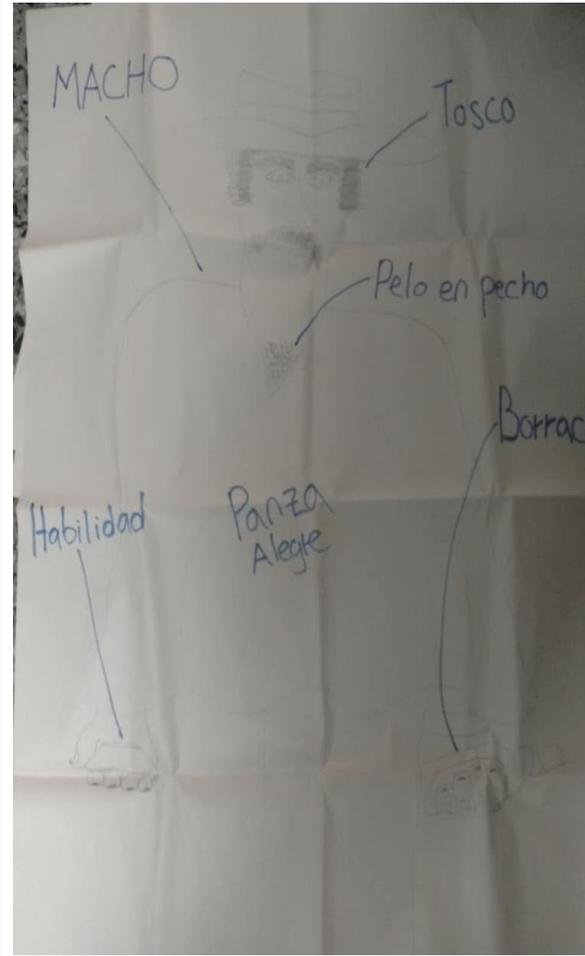


Imagen 4: Corpografía Jugador de tejo masculino: La Veleñita 2017

Esta división aparentemente natural de los públicos asistentes a un mismo lugar, facilita la observación de la influencia que tiene la posición objetiva dentro del campo social que Bourdieu (1983) proponía. Este campo social que el autor cataloga como imaginario, logra materializarse en un espacio socialmente jerarquizado. Además de lo anterior, también es posible analizar la movilidad que las personas tienen dentro del mismo. Lo que organiza a

los visitantes que juegan tejo en la cancha no es una cuestión de género y de clase. Ya se ha logrado observar que existen grupos mixtos en las diferentes divisiones que existen y que cada uno tiene una percepción diferente sobre los mismos participantes del lugar. La división de clases anteriormente planteada, se da de acuerdo a la acumulación de capital de los individuos presentes en los grupos, según Bourdieu (1983) "La estructura de distribución de los diferentes tipos y subtipos de capital (...) corresponden a la totalidad de fuerzas que le son inherentes, y mediante las cuales se determina el funcionamiento duradero de la realidad social y se deciden las oportunidades de éxito en las prácticas" (p.p 132-133). En este caso, los participantes con capital económico y social similar comparten prácticas y espacios y de esta manera se logra organizar un modelo de reconocimiento en la práctica del tejo deseable para cada grupo.

En la cancha, aunque existe esta clasificación en el espacio, no se crean brechas enormes entre los grupos que logren interactuar allí. Muchas veces las burlas entre obreros y gomelos hacen parecer que son más unidos de lo que aparentan. No considero que sea posible burlarse de una persona que no se conoce, esos chistes no son para faltar el respeto sino un acto de confianza entre los participantes que, aunque no jueguen juntos, parecen haberse encontrado varias veces en el lugar. Es por esto que logro asociar esto con un sentido global de lugar como nos decían Doreen Massey (2012) ya que, al igual que le sucedía en Kilburn High Road con los extranjeros, mi presencia era la de un agente externo que interactuar en un lugar. Esto demuestra que la cancha no es un lugar estático, sino que logra presentar algunos cambios, como la integración de múltiples formas de actuar y pensar en el tejo. Por ejemplo, cuando realizaba las anotaciones en mi diario de campo. No es una conducta regular que las personas realicen un trabajo académico allí, sino que, al contrario, el espacio está diseñado para olvidar la universidad y el trabajo, para conversar y jugar. Pero a su vez, los códigos establecidos en la cancha también poco a poco van influenciando a los visitantes en cierta medida. Al ir adentrándose en el juego, se va adquiriendo un vocabulario diferente como por ejemplo "hacer el chico" que significa jugar al tejo; frase que no tenía ni idea que llegase a significar eso cuando llegué a la cancha.

“El que pierda por manos, paga el petaco” Diferencias sociales frente a la práctica del tejo

Ahora bien, me gustaría realizar un pequeño salto al siguiente capital con el cual analicé la división social dentro de la cancha. Este capital va ligado directamente al económico y generan las más grandes características de los grupos que conforman las canchas. El capital cultural de Bourdieu en la cancha es posible percibirlo en los códigos que se crean dentro del espacio. La manera de expresarse en torno al juego, de llamar a ciertos objetos y acciones, de comportarse y los conocimientos base relacionados a la práctica del tejo en sí. Para Bourdieu (1983) el capital cultural se refiere al conocimiento escolar y académico, a un conocimiento legitimado, reconocido socialmente y "[El capital cultural incorporado] presupone un proceso de interiorización, el cual, en tanto que implica un periodo de enseñanza y de aprendizaje, cuesta tiempo y un tiempo, además que debe ser invertido personalmente por el inversor." (p. 139.). La definición es bastante clara, sin embargo, gracias al campo, es posible proponer un enfoque un poco distinto con respecto a las interacciones en el espacio.

Es evidente que, dentro de la cancha de tejo, un aspecto como el lenguaje o las posturas que ya he descrito a lo largo del trabajo, jerarquizan a los jugadores entre sí. Lo anterior en razón a que, aunque dentro del lugar lo aceptado sea el uso de ciertos códigos o maneras de comportarse que reafirman la masculinidad en la mayoría de los casos, la percepción de una manera correcta y educada de hablar no cambia en ninguno de los grupos sociales. Esto sucede en ambos casos, para los gomelos como para sus pares en el lado de los obreros o empresarios. Además, aunque los estudiantes sean inferiores en nivel de juego o de resistencia al alcohol frente a los demás, siempre se va a observar una notoria violencia simbólica que se hace visible con la aceptación de los mismos obreros de que su forma de ser, pensar y hablar es inferior. Esto sucede debido a que la diferencia en la vestimenta, en como se expresan, en sus empleos y su manera de gesticular se siente inferiorizada con respecto a los gomelos o a los mismos empresarios. Claramente la diferencia económica en

tanto a la vestimenta como a la presencia del dinero como tal, crea una sensación de inferioridad para cualquiera que sepa que no iguala la capacidad económica de estos individuos. Además, aunque son conscientes del uso de groserías a la hora de expresarse, o que muchas veces no se miden a la hora de halagar a una mujer, esto solo refuerza su mala imagen frente a los otros grupos de las canchas. Genera entonces una incomodidad de parte y parte para los que son nuevos y después de un tiempo, se quiebran estos lazos verticales y se generan relaciones horizontales, aunque no muy directas, pero se percibe el respeto y la confianza.

Además del lenguaje o las formas de ser, la brecha también es formada por la cantidad de capital cultural que poseen los gomelos en contraste con los empresarios o los obreros. Por consecuente he aquí un cuestionamiento que me surgió durante mis visitas al campo. Si la cancha de tejo aparentemente es un campo social popular, en donde los *habitus* aceptados son los propios de dicha clase; donde se supone que el nivel de juego, la técnica y el conocimiento que se tiene sobre el mismo hacen el *estatus* dentro de los pares. Es decir, que entre más se conoce acerca del tejo, de la habilidad, trucos, expresiones, hasta una especie de distracción que favorece la habilidad al desconcentrar al oponente, es más sencillo ubicarse en una división diferente en el espacio; donde el nivel de juego depende también de un aprendizaje, de una interiorización, de una inversión de tiempo y de una herencia o tradición de enseñanza, en donde también se experimenta "una forma de afán (lívido) socialmente construido, el afán de saber." (Bourdieu, 1983, p. 139) ¿por qué no se reconoce la habilidad en el tejo como una práctica cultural que genere una especie de capital cultural propio de la "identidad cultural popular"? - en palabras de Fals Borda- ¿Cómo hacer que no sea excluido o menospreciado por ser de práctica y origen popular? La anterior pregunta me llevó a reflexionar respecto a la supremacía intelectual que se tiene respecto a la definición de cultura en el país, supremacía que mantienen hasta en campos que cuentan con sus propias dinámicas, en campos que han sido construidos por lógicas autóctonas. Me refiero principalmente a que las canchas de tejo se generan por lógicas individuales creadas a partir de la práctica del deporte como tal. No es posible inventar términos en torno al tejo sin practicarlo o hacer parte de este espacio. No puedo inmediatamente incluir un nuevo término

llamado “casimano” para incluir una nueva regla donde un tejo caído medianamente cerca de una mecha cuenta como media mano. Es necesario interactuar directamente con el espacio para general esta “cultura” hasta el punto de hacerlo personal, es decir, inventar nuevas reglas dentro del grupo de participantes en una partida rápida. Sin embargo, los estereotipos en torno a ésta hacen percibir al tejo como una actividad cultural popular, la relación directa de este juego con el campo y una clase social obrera lo denigran al punto de que, aunque permanezcas en el espacio por bastante tiempo, tiendes a reproducir el estereotipo al encasillar a los demás visitantes en aquellas categorías estereotipadas que se tienden a naturalizar. Gran parte de los hombres mayores no son obreros ni mucho menos campesinos. Poseen trabajos variados como trabajar en las tiendas de la Jiménez, en varios casos hasta dueños pueden llegar a ser. Pero debido a estos ideales naturalizados tomamos las características físicas de las personas para asociarlas a lo que se nos ha inculcado de manera general de lo que es el tejo. Al parecer, las prácticas provenientes de la "identidad cultural popular" están destinadas a una subordinación dentro de una jerarquía de conocimientos hasta dentro de su propio lugar de desarrollo y como bien lo afirma Bourdieu (1983), existen "prácticas y bienes intelectuales y artísticos que son el cuasi-monopolio de la clase dominante." (P. 134).

“Aquí se demuestra que tan hábil es tomando y tirando mijo” Técnicas corporales y conocimientos en el tejo

Un último apartado que me gustaría analizar para concluir con este capítulo, es respecto a la habilidad a la hora de jugar. Esta habilidad relacionada directamente con las técnicas corporales que adquieren los individuos en el espacio y que por ende pueden ser categorizados socialmente en diferentes partes de las canchas respecto a su habilidad. Lo anterior sucede de manera parecida en ambas canchas, los trabajos y las percepciones son los mismos. Cambian solamente ciertos empleos y claramente las universidades a las que asisten los gomelos. Esto principalmente porque en el caso de la cancha “La Veleñita” los jóvenes

que van a jugar tienden a asistir por cercanía a sus casas y no por el lugar de estudio. Es por esto que existe una mayor variedad de jóvenes que se reúnen con amigos de diferentes localizaciones de la ciudad y por ende, una mayor variedad de capital cultural entorno al lugar donde estudian. Respecto a la habilidad, en la cancha “Los Bucaros” como lo mencioné al comienzo, las líneas ocultas en la parte posterior del establecimiento son reservadas para aquellos que carecen de habilidad. Los participantes que claramente son primerizos y quieren aprender, deben recurrir a esta especie de exclusión social donde practica su deporte en un lugar apartado hasta que logren conseguir una memoria corporal y unos conocimientos sobre los códigos de la cancha para ser incluidos en los espacios comunes como lo son las líneas frontales. En el caso de “La Veleñita” gran parte de los principiantes juegan en las canchas de mini tejo. Aunque estas sean más complicadas a la hora de realizar una mecha o un bozín, es más sencillo para ellos practicar allí debido a la distancia entre la persona y la cancha, además que los tejos pesan un poco menos y son más agradables para ir acostumbrándose a la práctica del deporte. En términos académicos me gustaría traer a Marcel Mauss (1934) quien nos define que las técnicas corporales son “Vista la situación no nos queda más que decir que nos hallamos ante las **técnicas corporales** [...] la adaptación constante a una finalidad física, mecánica y química está seguida de una serie de actos de acoplamiento, acoplamiento que se lleve a cabo en el individuo no por el solo, sino con ayuda de la educación, de la sociedad, de la forma parte y del lugar que en ella ocupa” (Mauss, p 342). Es interesante ver como el cuerpo es el instrumento del hombre para realizar sus interacciones. En el caso del tejo, hay que condicionar al cuerpo a ciertos criterios necesarios para una buena práctica de este deporte.

En los hombres, como lo mencioné en el capítulo anterior, una característica muy importante a la hora de jugar es poseer una fuerza en los brazos para arrojar el tejo y que llegué por lo menos al barro. Es curioso como esta habilidad puede variar en los individuos. Me tomo a mí mismo de ejemplo, ya que mi habilidad a la hora de jugar mejora cuando comienzo a sentir cierto estado de alicoramiento. Luego de unas cuentas cervezas, la tensión en mi cuerpo se disuelve y logro arrojar el tejo con mayor facilidad. Al principio puede costarme que llegue siquiera al barro, pero luego es mucho más sencillo hacer una mecha. Empero, esto puede

ocasionar que así mismo el tejo se desvíe y caiga en la línea continua o que al ser arrojado con mucha fuerza y en un ángulo muy arriba, se golpeen las luces del establecimiento.

Este tipo de fallos pueden ocasionar una reclasificación social en la cancha. Como nos mencionó Don José, a aquellos a los que les ve cara de saber jugar los puede ubicar en las líneas de adelante. Sin embargo, si se da cuenta que no conoce los códigos del lugar, tiene malas habilidades o realiza algún destrozo es directamente movilizadado a las líneas posteriores. En una de mis visitas mi grupo de amigos y yo corrimos con suerte de que no nos ubicaran al fondo, ya que uno de mis compañeros cometió un error muy novato. Cuando Don José trajo el medio petaco, lo ubicó en un espacio entre las bancas diseñado especialmente para que case a la perfección y los jugadores puedan sacar las cervezas y abrirlas fácilmente con un destapador que se encuentra al lado del agujero. Cuando mi amigo sacó una cerveza, le hizo tanta fuerza al querer destaparla que quebró todo el cuello de la botella, causando un reguero de cerveza en la línea bastante grande. Esto ocasionó la burla de los demás participantes del lugar, no solo de nosotros sino de los hombres que jugaban en las líneas de la izquierda. No importa que tan concentrados estuviesen, cuando alguien comete un error así todos los visitantes lo perciben y es imposible aguantar la risa frente a este tipo de accidentes. Don José se rio con nosotros y eso me dio calma, lo tomó como un error común y nos lo dejó pasar y seguir jugando allí, pero en otra situación puede que nos hubiesen excluido por eso hasta que aprendiéramos algo tan sencillo como destapar una cerveza.

Este tipo de actos crean esa memoria corporal que mencionaba anteriormente. La fuerza necesaria para abrir una cerveza; coger la botella de la manera adecuada para evitar quebrarla; saber agarrar el tejo; utilizar la fuerza necesaria y un ángulo preciso para llegar lo más cerca posible a una mecha; todos estos movimientos se naturalizan mientras más se practique el deporte. Es interesante ver como entre mayor habilidad posees, más fácil es que te permitan jugar en canchas visibles al público en general. Es como si fuese un espectáculo para aquellos que solo asisten al lugar para consumir licor.

CONCLUSIONES

La experiencia en las canchas de tejo fue única e inigualable. Las vivencias y datos obtenidos fueron bastante nutritivos para la investigación y los recuerdos quedan marcados como un trabajo inolvidable. La interacción directa con la mayor parte de los actores me deja una grata experiencia en torno a los trabajos de campo, tanto así que se convertirá en la base para mis futuras investigaciones. De allí entonces, gracias a todas las percepciones de prácticas observadas, sumadas a los pensamientos y estereotipos de todos los actores de las canchas, fue posible entablar las características de las grandes categorías en mi investigación.

Respecto a la metodología, la incursión en un trabajo de campo con la herramienta etnográfica fue una apuesta increíble. Al principio puede pensarse como algo que suena sencillo, ya que como nos lo cuenta Restrepo, la etnografía “se puede definir como la descripción de lo que una gente hace desde la perspectiva de la misma gente. Esto quiere decir que a un estudio etnográfico le interesa tanto las prácticas (lo que la gente hace) como los significados que estas prácticas adquieren para quienes las realizan (la perspectiva de la gente sobre estas prácticas)” (Restrepo, 2016. P.p 16). Así pues, desprevenidamente es posible considerar que, al adentrarse a un nuevo lugar, lo único que hay que realizar son descripciones de lo que se percibe y de lo que percibe la gente en aquel espacio. Sin embargo, cuando se encuentra uno envuelto en las diferentes prácticas de un espacio social, la infinidad de percepciones hace que sea imposible solo describir unas cuantas acciones. Así pues, el trabajo de la etnografía desde mi perspectiva y después de realizar esta investigación, es crear una percepción general, destigmatizada, desnaturalizada y exotizada de un mundo totalmente nuevo. Abrir la percepción de aquellos que no conocen las prácticas de un espacio en específico, de manera que pueda conocerlo y comenzar a comprenderlo. En el caso del tejo, el quiebre que quiero fomentar respecto a los estereotipos de género y clase, es para facilitar a los no asistentes un mayor conocimiento en cuanto a las prácticas que se realizan dentro de las canchas, las personas que asisten y la manera en la que se desenvuelven. Es decir, busco desnaturalizar un espacio común para algunos y libre de cuestiones sociales y complejidades para otros.

En términos de las categorías centrales en este trabajo, esta investigación me permitió conocer las percepciones de los participantes en las canchas acerca de los estereotipos de género y la clase social. Comenzando por el género, una de las grandes generalidades es que en estos espacios el género que predomina es el masculino. Tanto en los Búcaros como en la Veleñita, la cantidad de hombres siempre fue superior a las mujeres. Los grupos mixtos poseían más hombres y nunca existieron grupos netamente femeninos que practicaran el deporte. Aunque esto es fácilmente observable en muchos ámbitos distintos al tejo. En la gran mayoría de las canchas de fútbol de los barrios, se puede observar solamente grupos de hombres practicando el deporte. Si hay mujeres, muchas veces éstas solo observan desde las gradas o bancas. Si deciden incluirlas, probablemente sean solo dos y repartidas una para cada equipo. La masculinización de los deportes es algo general, pero en cuanto al tejo, se puede considerar que la poca asistencia de las mujeres es debido a su estereotipación.

Otro aspecto importante a resaltar entorno a la masculinidad es la percepción que se tiene de ésta en el lugar. Como se expuso en los capítulos previos, lo masculino se crea en torno a lo que se puede pensar que significa ser un hombre en el espacio, en este caso, en el tejo. Este “ser un hombre” se crea a partir de los comportamientos, expresiones, corporalidades etc., que se perciben como el verdadero hombre o el más macho del lugar. Cuestiones tan simples como la manera de arrojar el tejo, cuantas cervezas se toma, cuantos insultos puede echar durante una partida, determinan el grado de masculinidad de los hombres. Constantemente se ven en una pequeña lucha entre ellos para reafirmar su masculinidad inferiorizando a los demás hombres. Esto también es fácil de ver en otro tipo de deportes. Principalmente en aquellos donde el cuerpo pueda jugar un papel más importante, es decir, donde ser más musculoso sea directamente proporcional a ser mejor. Un ejemplo sería en la escalada o el fisiculturismo, donde los hombres comienzan a cambiar sus cuerpos, por ejemplo, ensanchar su espalda, y la ridiculización a aquellos que posean una espalda pequeña o un cuerpo poco labrado puede ser visible. Aunque las burlas en estos deportes son más reducidas que en el tejo debido a que puede ser una práctica más individual que grupal, cuando asisten grupos y se tienen confianza es normal escuchar ese tipo de comentarios.

Así pues, también fue posible encontrar ciertos tipos de micromachismos que permitían observar una masculinidad hegemónica en el lugar, siguiendo las clasificaciones de Gutmann

(1999, 2000) y Connell (1987, 1995). Comportamientos de los anteriores son por ejemplo las situaciones donde se ridiculizaban a algunos hombres al compararlos con mujeres. Ciertos apodosos como “la diva”, que son otorgados entre los hombres, determinan la posición de ciertos individuos en los grupos que frecuentan el lugar. Igualmente, el no permitir, por un lado, que ciertas mujeres tomaran trago o jugaran con ellos e instrumentalizar su presencia solo para cuidar sus cosas; por otro lado, el pensar que siempre hay que ayudarles a ellas a tirar el tejo porque “son débiles y no saben”. Todos estos comportamientos que refieran a prácticas de micro-machismos dejaron en claro que los hombres en la cancha, tienden a reafirmar su masculinidad sin importar la posición de la mujer o incluso de otros hombres. Esta situación no es única del tejo, ni mucho menos del deporte en general. Fácilmente captamos micromachismos e inferiorización de la mujer en la vida cotidiana. La diferencia de puestos en muchas empresas colombianas, donde las mujeres no pueden aspirar a cargos más altos que algunos hombres. Por ejemplo, en algunos casos, las mujeres no podrían llegar a estar en la junta directiva. Casos más fáciles de percibir son aquellos que vemos en los comerciales, donde las mujeres siempre realizan labores domésticas o de poco esfuerzo, mientras que los hombres protagonizan las labores de esfuerzo y los trabajos remunerados y reconocidos.

En el caso de las mujeres, fue también posible observar cómo se generan feminidades como lo opuesto a los hombres en el espacio. La feminidad entonces se crea como la negación de lo masculino, es decir, lo débil, lo delicado, lo tierno, lo sentimental. Los hombres no pueden demostrar sus sentimientos a la hora de jugar, mientras que las mujeres deberían, según los testimonios, estar quejándose constantemente del peso del tejo, del olor del lugar, de la inconformidad con el espacio entre otras cosas. Sin embargo, lo más interesante fue contrastar esto con las mujeres mayores, las cuales interactúan directamente en el juego con los hombres a un nivel, por así decirlo “profesional”. El nivel de habilidad es notorio, compiten con una cantidad de manos muy igualada y el consumo de licor también es equitativo. Por ende, se puede concluir que ciertas feminidades se forman en torno al ambiente masculino sin dejar de ser mujeres. Aunque, esto se puede percibir de dos formas: Una, en la que se asume una masculinización de las mujeres en torno a las que pueden llegar al ámbito profesional. Estas mujeres a veces pueden encontrarse vestidas de manera informal con ropa un poco menos común y estereotipada como el común pantalón oscuro con camisa.

También pueden estar arregladas y con manicure, aunque obviamente es muy probable que se dañe al estar en contacto constante con el costal al limpiar el tejo (imágenes 5 y 6). Otra, en la que se asume que la expresión de género o las formas en que las personas demuestran su género son producto de tránsitos continuos entre lo femenino y lo masculino, sin que esto tenga una atribución binaria o totalmente definida. En este sentido, encontré que este transitar cotidiano entre los “géneros” es algo evidente en las mujeres, permeado por su clase y generación. Las mujeres no eran cuestionadas por reconocerse en el juego. Al contrario, se avalaba y exaltaba su juego. En tanto que a los hombres si se les cuestiona si llegan a transitar. Es muy probable la ridiculización de los hombres frente a este tránsito entre lo masculino y lo femenino.

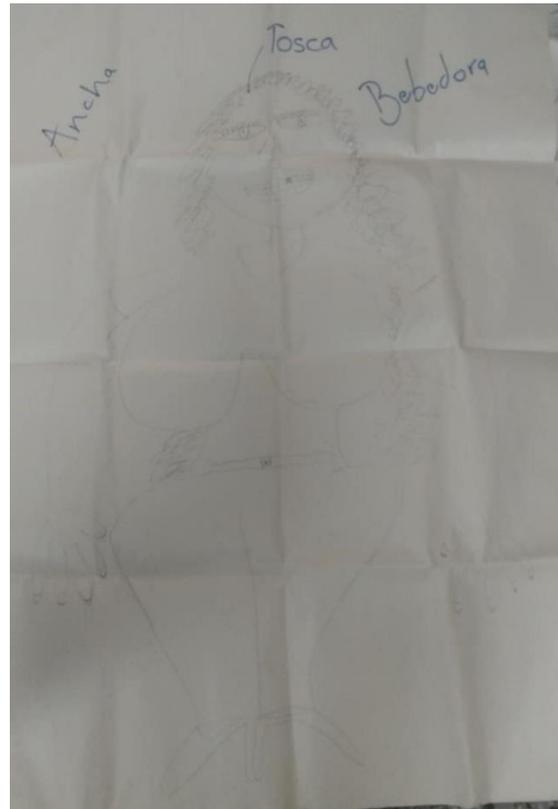
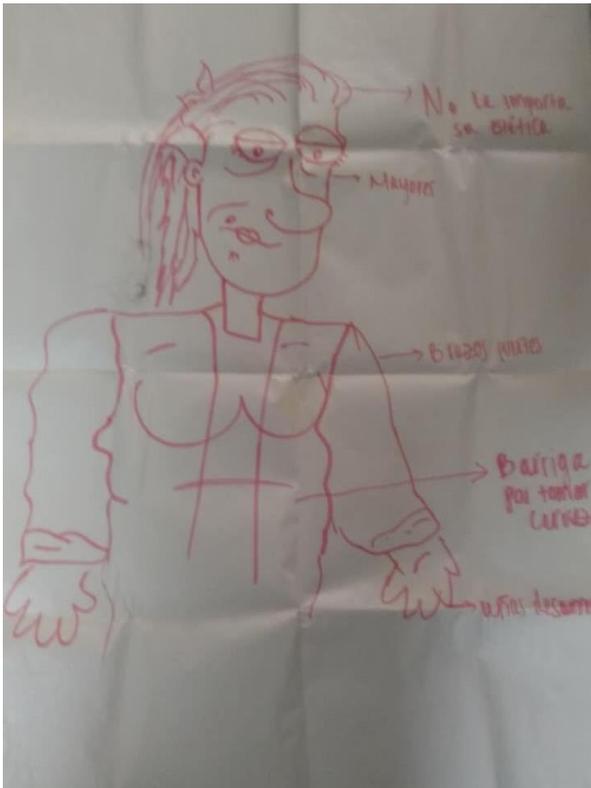


Imagen 5: Corpografía jugadora de tejo: Los Bucaros 2018

Imagen: 6 Corpografía Jugadora de tejo: La Veleñita 2018

En torno a los roles de género, claramente hay una división marcada en ambas canchas. Las mujeres en lo privado, como la cocina, y los hombres en lo público, en el espacio y el juego directamente. Incluso en las interacciones de la cancha fue posible percibir roles de género naturalizados, como el caso de la mujer embarazada, la cual solamente se quedó cuidando la cerveza de su marido y admiraba la partida de tejo desde lejos. En el caso de los universitarios, la mujer siempre era la persona a la cual ellos debían instruir, no consideraban que fuese capaz de ser igual de hábil que ellos y por ende era la “primípara” a la cual debían colaborarle para que pasara un buen rato en la cancha. Esta naturalización del papel de la mujer, la coloca en una escala inferior a los hombres en cuanto a los jóvenes. En el caso de los hombres mayores, las mujeres interactúan con más facilidad y equidad a la hora de jugar. Empero, siempre los hombres intentaron sobresalir y sentirse superiores a ellas.

Ciertas investigaciones han hablado de esta relación entre el género y el deporte. Un ejemplo de ello es Ana Buñuel (1991) quien habla sobre la construcción social del cuerpo de la mujer en el deporte. Para Buñuel el cuerpo es un valor central, es un signo de status y un símbolo de éxito o fracaso, un vehículo mediático para la venta de los más variados productos” (1991, Pp. 97). En este caso, las mujeres que suelen jugar al tejo, perciben ciertos cambios en su corporalidad. Uno de ellos es el crecimiento de los bíceps por el lanzamiento constante del tejo. En otros casos suelen ensanchar su espalda debido a los movimientos de lanzamiento, aunque no es muy común. Desde una percepción ajena, si es posible encontrar cierto tipo de cambios corporales más estereotipados. Por ejemplo, como vimos en las cartografías, las mujeres tienden a ser más obesas, desarregladas, con manos grandes, sucias y brazos anchos y cierto tipo de joroba. Un argumento que utiliza Buñuel y que es fácilmente perceptible en el campo, es sobre el cuerpo y el poder. Para Buñuel el cuerpo es un lugar de poder, conclusión a la que llega a partir de su lectura a los trabajos de Foucault, para mostrar como mediante la disciplina se controla y se logra moldear y mediar el cuerpo en el deporte (1991: Pp. 105). En el caso del tejo y de los hombres, claramente se nota una necesidad de mejorar su corporalidad para demostrar el poder y la superioridad. No obstante, el cuerpo no cumple con los estándares que se tienen pensados sobre belleza. En el caso del tejo, la barriga cumple un factor importante, ya que se tiene pensado que una gran barriga es símbolo de poder al ser el lugar que “demuestra” la posibilidad de tener y consumir. No se necesita entonces tener un cuerpo musculoso o marcado, sino que, al contrario, el tener los brazos grandes y un gran

estomago para ingerir licor es lo que determina que tan superior eres frente a los demás hombres.

En el caso de la debilidad y la feminización, Eric Anderson nos dice que “la cultura y las fuerzas estructurales han ayudado en la influencia de la reproducción del sexismo, misoginia y actitudes anti-femeninas entre los hombres en los grupos deportivos” (2008, Pp. 257). Es posible percibir estos comportamientos al observar como los hombres, en ciertos espacios homosociales, comienzan a perder contacto con las mujeres. La percepción de los hombres comienza entonces a generar un entorno de masculinidad constante que desemboca en un pensamiento de debilidad de las mujeres. Por ende, ellos no permiten la participación de estas en el deporte. Sin embargo, en el tejo, aunque existe este tipo de interacción y es posible observar la participación de la mujer, claramente se intenta inferiorizar por medio de comentarios, comportamientos o una demostración de habilidad que intenta opacar la presencia femenina.

Es por esto que, en el caso del tejo, es muy nutritivo para los estudios de género aportar esas percepciones y comportamientos en torno a la masculinidad y la feminidad con relación al deporte. Claramente se ve que los hombres toman este espacio como un espacio de competitividad constante para reafirmar su masculinidad, mientras que las mujeres perciben el lugar y la actividad como algo relajante y “para pasar el rato”. Por ende, si hablamos de una práctica profesional, el tejo estaría enmarcado en un ámbito masculino y homosocial.

Respecto a las clases sociales también fue posible obtener grandes resultados gracias a las categorías nativas que me brindaron los mismos participantes de la cancha. Con la división social establecida basado en factores económicos y sociales como el dinero, la vestimenta, los trabajos, la manera de expresarse y de actuar, entre otras cosas, fue posible observar las percepciones y estereotipos existentes en el tejo. Desde la aproximación empírica fue posible comprender como estas formas de clasificar a las personas están atravesadas por una dimensión del lenguaje que reafirma la diferencia y ubica a las personas de acuerdo a un orden social particular.

Frente al capital económico, y desde esta consideración semántica, considero necesario subrayar dos elementos. El primero tiene que ver con las clasificaciones generales de los jugadores. De acuerdo a lo expuesto en el capítulo tres, existen entonces dos grandes

categorías en la cancha: los obreros y los gomelos. Estos grupos serían los principales, ya que son los que más interactúan constantemente dentro de ella. Queda claro entonces que este tipo de distinciones son con base en la percepción de los participantes. Los hombres mayores catalogan a los jóvenes como gomelos debido a su manera de vestir, a su lenguaje con “marica” y “huevon” en cada oración y su manera de jugar un poco inferior a la de ellos. En el caso de los jóvenes, catalogan a los hombres mayores como obreros debido a su vestimenta, ya que se mantienen con los chalecos reflectivos a la hora de jugar. También debido a su manera de expresarse con constantes groserías durante cada jugada y por la manera de piropear a las mujeres jóvenes. El segundo, tiene que ver con los reconocimientos que se hacen en las canchas de las personas a partir de su posibilidad adquisitiva. En este punto la corporalidad y la indumentaria, entendida como las maneras de vestir y portar en el cuerpo, crean otras clasificaciones sociales. En este sentido emergieron los empresarios, los traquetos, los primparos y los gringos, aunque están menos presentes que los obreros y los gomelos, estas notaciones hablaron de las formas en que creamos estereotipos transitorios que crean distinciones desde las formas en que materializamos el acceso al dinero. Así, los empresarios se diferencian por poseer fajos de billetes en los carrieles; los traquetos por pedir grandes cantidades de licor costoso y los gringos por pagar de más en la cancha sin saberlo. Así pues, existe una jerarquización social en torno al poder adquisitivo en la cancha, demostrando que existe una división de clase marcada y creada por el mismo espacio.

Ahora bien, respecto al capital cultural, se observó que existe un alto nivel de interiorización de ciertos códigos existentes del lugar por aquellos que lo visitan frecuentemente. La división social en torno a este capital se crea con base a los conocimientos que se tienen acerca del adecuado comportamiento en una cancha de tejo. El buen uso de la terminología y la manera de responder a ciertas situaciones como las burlas, son un detonante a la hora de repartir las canchas. Como lo mencioné anteriormente, en ambas canchas existe un espacio especial para aquellos que no saben jugar: en el caso de los Bucaros, las canchas del fondo y en el caso de La Veleñita, las de minitejo. Estas canchas son otorgadas a aquellas personas que no poseen los conocimientos básicos para desenvolverse de buena manera en el tejo. No saben lo que es una mecha, un bozín, una embozinada, hacer el chico, entre otras expresiones comunes en la cancha. Para evitar que estos participantes sientan vergüenza o sean ridiculizados por los demás a la hora de jugar, son enviados a un espacio aparte y un poco más privado para que

logren aprender tranquilamente a jugar. Sin embargo, claramente existe una violencia simbólica respecto a la división del espacio. Excluir a los participantes por no poseer los conocimientos demuestra entonces que existe una inferioridad con respecto a los demás jugadores de la cancha. Que no puedan ser visibles por los demás los hace invisibles entonces a la hora de admirar varios grupos jugando y comparar sus formas de juego. No es necesario comparar con base en la habilidad, sino en la manera de interactuar de los integrantes. Por ejemplo, los hombres mayores resultan con mayor confianza entre ellos, se insultan constantemente y pueden compartir cervezas sin problema. Los jóvenes, aunque se tienen confianza, no suelen insultar tanto y no son capaces de compartir una cerveza a menos que sea con la pareja. Diferentes maneras de actuar son observables en estos grupos, pero la exclusión constante de los primiparos hace que su interacción en el espacio sea desconocida hasta que logren adquirir los conocimientos básicos para, por así decirlo, recibir un reintegro a la cancha de verdad. Este tipo de espacialización y diferencia puede ser percibida en otros deportes, un ejemplo sencillo sería la escalada. La diferencia de muros facilita que cada persona practica el deporte respecto a su capacidad física, sin embargo, crea una espacialización entre los participantes al lugar. En varios casos, un principiante puede sentirse opacado por un profesional que realiza la escalada en un muro con piñas más separadas que las de él, o algo más sencillo, una escalada en el muro “cueva” el cual te hace escalar con un grado de inclinación. Los principiantes no pueden acceder a este tipo de muros porque les es imposible siquiera sujetarse y mantenerse en esa posición, por lo que se sienten inferiores, aunque con un enorme deseo se superarse para poder llegar algún día a este nivel.

Ligado a esto tenemos las técnicas corporales. De la misma manera que en el género se ve una adecuación del cuerpo para realizar ciertas acciones, en el tejo la memoria corporal moldea al cuerpo para responder entonces a las prácticas sociales establecidas. Así, la dimensión física del cuerpo adquiere un lugar particular. Situaciones como una notable resistencia al alcohol por el consumo constante; una mayor fuerza en los brazos por el lanzamiento de tejos que pueden ir aumentando su peso cada vez más; en algunos casos y solo por percepción de los participantes, algunas personas tienen a encorvarse por el lanzamiento, ya que suelen tirarse hacia adelante al arrojar el tejo. Cada acción que realizan condiciona al cuerpo para que más adelante sea aún más sencillo practicar el deporte. Así se puede exponer como el cuerpo físico, es un lugar que materializa las experiencias desde las

diferencias de clase, de edad y de género. Mauss nos brinda un ejemplo parecido respecto a la práctica de la natación. Para él, al enseñar a nadar, se tienen en cuenta cierto tipo de acondicionamientos que hay que realizarle al cuerpo para que sea capaz de aguantar ciertos estímulos futuros. Para comenzar, se le enseñan “al niño a mantenerse en el agua con los ojos abiertos; así, antes de nadar, se entrena al niño a dominar los reflejos peligrosos, pero instintivos de los ojos, familiarizándose sobre todo con el agua” (Mauss, 1934. Pp 338). Así pues, se comienza a crear una memoria corporal, donde los ojos entonces, no se cerrarán cuando el niño entre al agua. Otra memoria que él menciona respecto a la natación es la de tomar agua y botarla luego. “También se ha perdido la costumbre de tragar agua, expulsándola luego; los nadadores se consideraban en mi tiempo como una especie de barco a vapor. Es una bobada, pero yo hago todavía ese gesto, no he podido desprenderme de la técnica que aprendí” (Mauss, 1934. Pp 338). Con este ejemplo es más fácil observar como el cuerpo encarna unas diferencias de acuerdo a los momentos históricos y personales que viven y experimentan las personas. Dependiendo del tipo de prácticas que realizan, el cuerpo genera unas adecuaciones que son muy difíciles de disolver a futuro o frente a nuevas prácticas relacionadas.

En lo relacionado con la diferencia, ciertas investigaciones previas nos hablan de una relación entre clase social y deporte, por ejemplo, los autores Rodrigo Dosal y Lluís Capdevila (2016) tratan la exclusión social en México con base en ciertos deportes. Para ellos esta exclusión es muy evidente y por consecuente se observa “cómo es desperdiciado su potencial aporte al bienestar colectivo. Bajo las condiciones actuales, el deporte en México refleja la exclusión de los que menos tienen y, hasta hoy, prepondera una visión pecuniaria que busca espectáculos de alta rentabilidad financiera” (Dosal y Capdevilla, 2016: Pp. 155). Claramente los deportes pueden ser vistos como un espectáculo para los espectadores, sin embargo, no en todos es posible ser considerados así. En el caso del tejo, es muy difícil considerarlo un espectáculo digno de una rentabilidad financiera. Gracias a los estereotipos que se tienen respecto a este como un deporte de pueblo o de obreros, de una clase social “popular” se desprestigia todo tipo de autoridad deportiva a la hora de verlo como algo competitivo. Empero, existe una Liga profesional de tejo y es practicado de manera disciplinada y organizada. Esta organización repercute en torneos municipales y departamentales, concentrados en la región cundiboyacense pero no trasciende a un reconocimiento nacional.

Algo interesante respecto al poder adquisitivo y la práctica del deporte es que en el caso del tejo no es necesario poseer un gran capital económico para practicarlo. A diferencia de otro tipo de deportes como el Polo, el Buceo, el Golf, el Hockey o el Squash, que requieren de una gran inversión en equipos, el tejo puede ser disfrutado en grupo aportando pequeñas cantidades de dinero para un consumo recreativo de bebidas alcohólicas. Es por esto, que es más fácil que cualquier persona pueda aprender y vincularse a la práctica del tejo. En algunos casos no es necesario consumir cerveza para estar jugando, si la persona no lo desea podría cambiar el petaco por una picada y una gaseosa de un valor similar para poder utilizar el espacio. Con respecto a este sacrificio monetario, la autora Julia Hang (2017) analiza muy bien este aspecto en los nadadores master. Ella nos demuestra el tipo de sacrificios económicos y físicos que deben realizar para continuar con sus prácticas debido a que no son financiados por el Estado para las competiciones nacionales. Cuando los nadadores llegan a la categoría de masters, sus representaciones

“se encuentran atravesadas no sólo por las dimensiones económicas y corporales, sino que juega un rol fundamental la dimensión etaria. Prestando especial atención a los modos en que, a partir del trabajo y del esfuerzo corporal, los nadadores incorporan una ética del sacrificio que da cuenta de un universo moral particular, a través del cual se construyen fronteras simbólicas y distinciones sociales”. (Hang, 2017: pág 119)

En este caso, en la natación encontramos una segregación social basada en el poder adquisitivo. No necesariamente nos dice que las personas con un bajo capital económico no lo puedan practicar, sino que se requiere un gran esfuerzo y dedicación personal para invertir una gran cantidad de tiempo y dinero en ello. Todo esto con el fin de participar en competencias nacionales e internacionales sin ningún tipo de apoyo estatal. En el caso del tejo, la segregación se crea principalmente con los estereotipos que lo encasillan en un deporte popular, pero no porque el deporte en sí excluya a ciertos participantes por su déficit económico. Esta segregación se ve más relacionada con lo que nos cuenta Juan Bautista Branz (2015) con respecto al Rugby en Argentina. Para Bautista (2015) la práctica del Rugby es una manera de demostrar un status social, es posible observar “cómo sujetos que practican rugby, en La Plata, otorgan sentido a su posición social, económica, política y cultural en relación directa al deporte recreado colectivamente por sectores dominantes en la ciudad”

(Pág 131). Los jugadores de Rugby sienten que mantienen su posición social al practicar un deporte de élite. Esto se basa en un imaginario de los jugadores donde sienten que practicar este tipo de deportes es estar cerca de Europa, por ende, poseen un mayor capital cultural y económico y eso los ubica en una clase social superior. En el caso del tejo pasa de manera similar, al encasillarlo como un deporte popular, no se logra este sentimiento de superioridad por practicarlo, sino al contrario de inferioridad. El estereotipo de ser un deporte de campo y de obreros hace que el imaginario de la práctica sea solamente para personas de una clase social baja y por ende, si se practica, el estatus social podría decaer.

Así pues, respecto a mi pregunta de investigación sobre cómo las canchas de tejo pueden ser un lugar de reproducción de feminidades o masculinidades permeadas por la clase social, puedo afirmar, a partir del trabajo empírico, que éstas son un lugar de reproducción de masculinidades y feminidades. A través de este trabajo di cuenta de cómo ambos géneros se desenvuelven de manera distinta, siguiendo órdenes y parámetros socialmente establecidos dentro de la cancha. Es decir, hombres y mujeres siguen comportamientos estereotipados de acuerdo a una diferenciación sexual que deben cumplir para no contrastar, ni ir en contra de lo esperado en el espacio. Además, están permeados por la clase social, ya que, respecto a su capital económico y cultural, poseen entonces una posición social mayor o menor en el lugar. Es decir, a mayor capital, tanto económico como cultural, será mejor su posición en aquella división invisible del espacio. Igualmente, entre los mismos visitantes, se crea una jerarquización, donde se denota quienes son más adinerados que otros y, por ende, las interacciones con aquellos que están en una posición superior son bastante reducidas o nulas. De acuerdo a lo expuesto, puedo afirmar que las prácticas sociales como el tejo, están matizadas por los órdenes de poder que se configuran en un grupo social. En este caso particular, la clase social y el género son lugares desde donde se clasifican a las personas y desde donde se producen y reproducen respuestas y demandas sociales particulares.

A partir de este trabajo se abren nuevas posibilidades de indagación. En este sentido, la preocupación por la estética en el deporte, la espacialización y materialización de la diferencia relacionada con los órdenes de poder, y los estereotipos de género en lo cotidiano, entre otros, surgen como temas a profundizar posteriormente. Así pues, espero que este

trabajo sea una puerta de entrada a explorar las relaciones entre antropología, deporte, género e intervalos generacionales.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, E. (2008). "I Used to Think Women Were Weak": Orthodox Masculinity, Gender Segregation, and Sport. *Sociological Forum*, 23(2), 257-280. Retrieved from <http://www.jstor.org/stable/20110264>
- Azamar Cruz, Cesar Ricardo (2015) Masculinidades: algunas notas sobre sus crisis, retos y perspectivas. *Revista Fuentes Humanísticas*. México.
- Bonino, Luis. (2002). *Micromachismos*. Disponible: https://www.joaquimmontaner.net/Saco/dipity_mens/micromachismos_0.pdf. Madrid, España.
- Bourdieu, P. (2001). Las formas del capital: Capital económico, capital cultural y capital social. En *Poder, derecho y clases sociales* (págs. 131-164). Bilbao: RGM, S.A
- Bourdieu, Pierre (2000). *Dominación masculina*. Barcelona: Anagrama; (PP. 1-88.)
- Douglas, Mary (1988). *Los dos cuerpos*. En: *Símbolos Naturales*. Madrid: Alianza Editorial
- Buñuel, Ana H. (1994). La construcción social del cuerpo de la mujer en el deporte. *Reis: Revista Española De Investigaciones Sociológicas*, (68), 97. doi:10.2307/40183759
- Chávez Jiménez, Roberto (2012) Masculinidad y feminidad: ¿De qué estamos hablando?. *Revista Electrónica Educare*. Costa rica.
- Connell, Robert. (1987). *Gender and power: society, the person and sexual politics*. Cambridge: Polity Press.
- Connell, Robert. (1995). *Masculinities*. Berkeley: University of California Press.
- De Lauretis, Teresa, *La Teconología del género*. Tomado de *Technologies of Gender. Essays on Theory, Film and Fiction*, London, Macmillan Press, 1989, págs. 1-30.
- Hang, J. (2017). Sacrifice between sports and social class in a master swimming team. *Movimento*, 23(1), 119-132.

- Juan, B. B. (2016). Estar cerca de Europa . Deporte, clase social y prestigio en Argentina / Being close to Europe . Sport, social class and prestige in Argentina. *Revista Reflexiones*, (1), 131.
- Macías, V., & Moya, M. (2002). Género y deporte. La influencia de variables psicosociales sobre la práctica deportiva de jóvenes de ambos sexos. *Revista de Psicología social*, 17(2), 129-148.
- Mauss, M. [1934] (1991) "Técnicas y movimientos corporales", en Mauss, M. *Sociología y Antropología*. Madrid: Tecnos (p. 337-356)
- Moya Morales, Miguel (1984) Los roles sexuales. *Gazeta de Antropología*.
- Pontón Cevallos, Jenny; (2017). Intersecciones de género, clase, etnia y raza Un diálogo con Mara Viveros. *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, Enero-Abril, 117-121.
- Preciado Beatriz (2006). Basura y género. Mear/cagar. Masculino/femenino. *Eutsi*. Página de izquierda antiautoritaria.
- Restrepo Eduardo (2016). *Etnografía: alcances, técnicas y éticas*. Envión Editores. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá.
- Rodrigo Dosal Ulloa, Lluís Capdevila Ortís, Exclusión social y deporte, *Investigación Económica*, Volume 75, Issue 297, 2016, Pages 155-168, ISSN 0185-1667, <http://dx.doi.org/10.1016/j.inveco.2016.08.005>.
(<http://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0185166716300327>)
- Viveros Vigoya, Mara (2002) De quebradores y cumplidores: Sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.